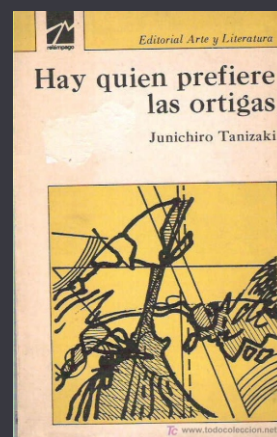




Visita al territorio de Junichiro Tanizaki



—Y así, ¿crees que irás? —le había preguntado repetidamente Misako durante la mañana.

Pero Kaname, como de costumbre, se mostraba evasivo y a Misako le era imposible tomar una decisión. Acabó la mañana. A eso de la una, Misako se dio un baño, se vistió y se sentó a la expectativa, junto a su marido. Él no dijo nada. Tenía ante sí, todavía desplegado, el diario de la mañana.

—Cuando quieras bañarte, todo está a punto.

—¡Ah!

Kaname yacía recostado sobre un par de almohadones con la barbilla apoyada en la mano. Al captar ligeramente la fragancia del perfume de Misako, ladeó la cabeza. La miró a hurtadillas, procurando que sus ojos no se encontrasen —más concretamente podría decirse que miró a hurtadillas su indumentaria para descubrir un indicio revelador de sus propósitos, que le obligase a tomar una decisión—. Por desdicha, en los últimos tiempos no se había fijado demasiado en la forma de vestir de ella. Tenía la vaga impresión de que Misako se preocupaba mucho de su indumentaria y de que continuamente estaba comprando algo nuevo, pero jamás le pedía consejo y él nunca sabía ver lo que ella había comprado. Por aquel rápido examen nada pudo descubrir en ella que le revelase sus intenciones. Vio únicamente a una atractiva y elegante dama ataviada para salir a la calle.

—¿Qué te gustaría hacer? —le preguntó.

—Me da igual, de veras. Si tú vas, yo iré también. Si no, me iré a Suma.

—¿Has prometido ir a Suma?

—En realidad, no. También puedo ir mañana.

Sentada, muy erguida, con los ojos fijos en un punto situado a medio metro por encima la cabeza de Kaname, Misako empezó a limarse las uñas.

No era hoy la primera vez que tenía que hacer frente a una situación parecida. En realidad, siempre que tenían que decidir si salir o no salir juntos, adoptaban ambos una actitud pasiva e indiferente, pero alerta, en espera de decidir de acuerdo con la actitud del otro. Era algo así como si entre los dos hubiese una jofaina llena de agua, balanceándose de un lado a otro, y ellos aguardasen hasta ver en qué dirección se derramaba. A veces transcurría todo el día sin que lograsen llegar a tomar una decisión; a veces decidían en el último instante lo que iban a hacer. Hoy era distinto, sin embargo. Kaname tenía la sensación de que hoy acabarían por salir juntos. Su pasividad, precisamente por eso, no era por completo cuestión de perversidad ni de pereza. Recordó las incómodas salidas que hacían juntos, pero solos, no menos tirantes por reducirse a una pequeña vuelta de una hora, justo para descender hasta Osaka. Esta vez presentía qué era lo que Misako hubiese deseado hacer. No había quedado en ir a Suma, según decía, pero sin duda prefería ir allí para ver a Aso, en lugar de aburrirse en el teatro de marionetas con su padre. Pero aun así, era preciso que manifestara sus deseos de algún modo.

El día anterior, el padre de Misako había llamado desde Kioto para preguntarles si les gustaría ir al teatro de marionetas con él. Misako había salido y Kaname fue lo suficientemente imprudente para decir que «probablemente sí». En realidad no le hubiera sido fácil negarse a ir. «La próxima vez que vaya al teatro, avíseme —le había dicho en cierta ocasión, en un hipócrita intento de hacerse agradable al anciano—, hace un montón de tiempo que no voy». Era

evidente que su suegro le había tomado la palabra. Claro que, dejando aparte la obra, era muy probable que él y el padre de Misako no volviesen a tener la oportunidad de charlar a sus anchas. El anciano, que ya tenía cerca de sesenta años, se había retraído en Kioto y llevaba una vida de elegante hombre conservador. Si bien Kaname tenía aficiones bastante diferentes de las suyas, y a menudo le aburrían sus demostraciones de buen *connaisseur*, por otro lado el anciano había sido un hombre de mundo en su juventud, según se decía, y en sus maneras se traslucía todavía una mezcla de espíritu libre y abierto que lo hacía muy atractivo a los ojos de Kaname. A éste le dolía pensar que pronto dejarían de ser suegro y yerno —en realidad más de una vez se había dicho irónicamente a sí mismo que sentía más divorciarse de su suegro que de su propia esposa— y aunque generalmente la idea no le preocupaba demasiado, deseaba que se le presentara una última oportunidad de demostrar su sentido del deber filial.

Sin embargo, había sido una equivocación no consultárselo a Misako. Él acostumbraba generalmente a mostrarse muy considerado para con los menores deseos de ella. La tarde anterior Misako había salido «para hacer algunas compras en Kôbe» y mientras él hablaba con el anciano, en su mente tomó cuerpo la imagen de los dos, la hija del anciano y Aso paseando del brazo por la playa de Suma; y llegó a la conclusión de que si ella entonces estaba con Aso, al día siguiente no tendría absoluta necesidad de volver a verle. Pero quizás no fuese justo. Misako nunca le escondía nada. No le gustaba mentir ni tenía por qué hacerlo; si había dicho que quería ir de tiendas, probablemente iría de tiendas. A Kaname no podía resultarle agradable que le hablase demasiado claro de cada visita que hacía a Aso; eso Misako debería de saberlo, y quizás no sería demasiada desconfianza pensar que «sus compras en Kôbe» significaban algo más. De todos modos ella no podría acusarle de malicia por haber aceptado la invitación del viejo, de eso estaba seguro; claro que aun suponiendo que ella y Aso se

hubiesen visto el día anterior, podría igualmente tener ganas de verle otra vez. Al principio, las visitas que ella le hacía eran muy poco frecuentes: una vez a la semana o cada diez días. Pero ahora ya no tenía nada de particular que fuese a verle dos o tres días seguidos.

Cuando unos diez minutos después Kaname salió del baño, ella se estaba todavía limando las uñas de aquel modo puramente mecánico y tenía los ojos fijos aún en la pared.

—¿Quieres ir al teatro? —preguntó ella.

Evitaba mirarle, allá afuera en la veranda en donde él, con el albornoz muy suelto caído desde los hombros, se hacía la raya frente a un espejo de mano. Al mismo tiempo que formulaba esa pregunta, Misako levantó sus relucientes y afiladas uñas de la mano izquierda a la altura de los ojos.

—No tengo especial interés. Pero le dije que iría.

—¿Cuándo?

—Cuando hubiese, creo... Le entusiasmaba tanto la idea de llevarnos a las marionetas que al fin le dije que sí para que estuviese contento.

Misako rió amablemente, como si se hubiese tratado de un mero conocido.

—No tenías por qué hacer eso. Al fin y al cabo no te has mostrado nunca tan amable con papá.

—De todos modos, tal vez sería conveniente que pasáramos un rato con él.

—¿Dónde para ese teatro Bunraku?

—No es en el Bunraku. El Bunraku se quemó. Es en un lugar de la parte baja de la ciudad llamado Benten.

—¿Eso quiere decir que hay que sentarse en el suelo? No lo soporto; de veras no lo puedo soportar. Luego me duelen una atrocidad las rodillas.

—No tiene remedio ya. Es la clase de lugar que les gusta frecuentar a personas como tu padre. Sus gustos han quedado un

poco atrás con respecto a los míos; y es curioso después de lo que antes le gustaba el cine. El otro día leí en alguna parte que cuando a los hombres, de jóvenes, les gustan demasiado las mujeres, al llegar a viejos se convierten en coleccionistas de antigüedades. Los cuadros y los juegos de té pasan a ocupar el lugar del sexo.

—Pero mi padre no ha prescindido todavía del sexo. Tiene a O-hisa.

—Forma también parte de su colección, como si fuese una muñeca antigua más.

—Si vamos, nos tocará cargar con ella.

—Bueno, cargaremos con ella durante un par de horas. Tómalo como una muestra de devoción filial.

Kaname empezaba a pensar que Misako tenía alguna razón especial para no querer ir.

Sin embargo, Misako se dirigió alegremente hacia el arcón y sacó un kimono para él, cuidadosamente metido en una bolsa de papel.

—Piensas llevar kimono, supongo.

Kaname tenía la misma particular preocupación por su forma de vestir que Misako por la suya. Un kimono requería un determinado *haori*^[1] y una determinada faja, y cada conjunto se planeaba con esmero, teniendo en cuenta accesorios tan nimios como el reloj y la cadena, la bolsa, el cordón que cerraba el *haori* o la pitillera. Sólo Misako era capaz de reunir el conjunto con acierto una vez él había elegido el kimono que se pensaba poner. Cuando, como ahora, tenía intención de salir sola, antes de marcharse se aseguraba de que la indumentaria de Kaname estuviera a punto. Realmente, cuando él se paraba a pensar en ello, se daba cuenta de que era aquélla la única función de esposa que Misako desempeñaba, el único menester que cualquier otra mujer no hubiese sido capaz de desempeñar con igual acierto. Especialmente en ocasiones como la de hoy, en que, en pie ante él, le ayudaba a ponerse el kimono y le atiesaba el cuello, se daba plenamente cuenta de lo excéntrico que

había resultado su matrimonio. Quienquiera que los viese en aquel momento, ¿podría acaso imaginar que no fuesen verdaderamente marido y mujer? Ni siquiera los criados que los veían a diario parecían alimentar la menor sospecha al respecto. Y ¿no eran acaso marido y mujer, en realidad? Recordó cómo le ayudaba ella a ponerse incluso los calcetines y la ropa interior. Al fin y al cabo, el matrimonio no era solamente cuestión de alcoba. Durante su vida había conocido a muchas mujeres que le habían atendido en esa particular necesidad. La realidad del matrimonio residía sin duda en gran parte en aquellos modestos menesteres. Podría casi decirse que era a través de ellos como el matrimonio se revelaba en su forma más fundamental y clásica; desde ese punto de vista tenía que considerar a Misako como a una esposa por demás satisfactoria...

Kaname, que estaba en pie ciñéndose la faja, bajó la mirada hasta la nuca de Misako, arrodillada ante él con un manto negro sobre su regazo; iba atándole el cordón y el pasador destacaba con un trazo negro contra el blanco de su mano. De vez en vez, mientras se esforzaba en pasar el pasador por su sitio, las puntitas de sus uñas recién pintadas se encontraban, produciendo un ligero chasquido. Tal vez sabría ella por experiencia la clase de emociones que la ocasión podía despertar en él porque, como para salvaguardar la posibilidad de dejarse llevar por el mismo sentimentalismo, seguía su tarea de modo sumamente preciso e impersonal. Aquello hizo, sin embargo, que al mirarla una especie de muda pena naciese en él, sin temor ya a que sus ojos se encontrasen. Contempló la curva de su espalda, la suave redondez de sus hombros, que se insinuaban bajo el transparente kimono, y allí donde la falda del kimono se entreabría pudo ver un par de centímetros de sus piernas por encima de su calcetín, blanco y tieso de almidón a la moda de Tokio. Su piel, a esas rápidas ojeadas furtivas, parecía más fresca y más joven de lo que correspondía a sus casi treinta años, y, si hubiese pertenecido a la esposa de

cualquier otro hombre, le hubiese parecido hermosa e incitante. Incluso a veces, en la noche, sentía cierto deseo de estrecharla entre sus brazos, de acariciarla como en aquellas primeras noches después de la boda. Pero lo triste era que desde aquellas primeras noches su piel había perdido todo poder de atracción para él. El secreto de su juventud y fragancia podía estar en el hecho de que él la había forzado a llevar una especie de existencia de viuda: este pensamiento le producía en aquel momento más bien extraña frialdad que pesadumbre.

—Y hace un día tan hermoso. —Misako había terminado con el cordón y le ayudaba a ponerse el *haori*—. Es una vergüenza desperdiciarlo yendo al teatro.

Kaname sintió cómo la mano de ella dos o tres veces le rozaba el cuello; pero su contacto era tan frío e impersonal como el de la mano del barbero.

—¿No deberías telefonear a Aso? —Kaname sospechaba que estaría pensando en algo más que en el tiempo.

—No...

—Me gustaría que lo hicieses.

—No es necesario, en absoluto.

—¿No te estará esperando?

—Supongo que sí... ¿A qué hora estaremos de vuelta?

—Si nos vamos ahora mismo y nos quedamos a ver un par de actos, saldremos hacia las cinco o las seis.

—No sé si será demasiado tarde ya para ir a Suma.

—Probablemente no será demasiado tarde, pero como no sabemos cuáles son los planes de tu padre... Si desea que cenemos con él no podremos negarnos... Lo mejor será que esperes a mañana.

Cuando decía las últimas palabras entró una sirvienta a decir que llamaban a Misako por teléfono desde Suma.

Misako estuvo media hora en el teléfono para decidir que daría igual verse al día siguiente. Cuando a eso de las tres salieron de casa, tenían todavía un aspecto meditabundo y triston. Aquellas expediciones, los dos juntos y solitarios, eran cada vez más raras.

Algunos domingos por la tarde salían ambos con Hiroshi, que estaba ya en el cuarto grado elemental. Hiroshi presentía vagamente que algo iba mal y era necesario tranquilizarlo. ¿Pero cuántos meses hacía ya que no habían salido los dos solos? Kaname estaba seguro de que la pena que pudiera causarle a Hiroshi el sentirse solo sería menor que su contento cuando, al volver de la escuela, viese que ellos habían salido juntos.

Él no sabía realmente con certeza si era beneficioso tranquilizar al niño con aquellas ficciones. Después de todo, el niño tenía ya diez años y, sólo en el caso de que sea débil mental, un niño a esa edad tiene reacciones distintas a las de un adulto.

—¿Verdad que es inteligente? Parece haber adivinado lo que nadie más sospecha —había dicho una vez Misako.

Kaname se rió.

—Naturalmente que sí. Cualquier chiquillo hubiese adivinado y sólo una madre se mostraría sorprendida por ello.

Estaba claro que un día tendría que decírselo todo a Hiroshi, apelar a su lógica. Kaname no dudaba de que el niño comprendería que no era culpa ni del padre ni de la madre, y engañarle le parecía tan censurable como engañar a un adulto. Ni él ni Misako tenían culpa, le diría Kaname; la culpa era de esos convencionalismos

pasados de moda. Llegaría un tiempo en que a un niño no le parecería extraño que sus padres se hubiesen divorciado. Él seguiría siendo el hijo de ambos y podría visitar a uno o a otro según quisiera.

Eso le diría un día Kaname. Pero mientras tanto, como no podía asegurar que no se reconciasen, le parecía tiempo perdido inquietar a Hiroshi antes de que llegase el momento en que fuese imprescindible hacerlo. Ese «un día» lo seguía demorando y, por el deseo de ver al chico feliz, ambos se deshacían de vez en cuando en cálidas manifestaciones conyugales y salían de paseo con él. Pero el poder intuitivo de un chiquillo a esa edad era algo digno de tenerse en cuenta, pensaba Kaname a menudo. Probablemente Hiroshi estaba muy lejos de creer en aquel engaño; quizás representaba su papel con tanto esmero como ellos representaban el suyo; escondía y disimulaba sus preocupaciones ante ellos e intentaba hacerlos tan felices como ellos intentaban que lo fuese él. Los tres salían juntos de paseo, pero cada uno iba a solas con sus pensamientos, cada uno de ellos fingiendo un afecto espontáneo y familiar. El cuadro resultaba un poco aterrador: que la conspiración de Misako y Kaname para engañar al mundo incluyese también a Hiroshi, se le antojaba algo muy parecido a un crimen.

A Kaname le faltaba valor para imponer su matrimonio a la sociedad como ejemplo y modelo de una nueva moralidad, de un futuro libre de prejuicios. Se daba cuenta de que era una situación dura y difícil y su conciencia se rebelaba ante el pensamiento de que un día tendría que defenderse a sí mismo; le gustaba muy poco la idea de tener que salirse de su camino y colocarse en una situación dudosa. Prefería vivir apaciblemente, discretamente, sin deshonar a sus antepasados, como miembro de la clase acomodada —un miembro algo al margen, pero que todavía pertenecía a ella— disponiendo del capital, algo mermado, que había dejado su padre y ostentando el título nominal de director del negocio paterno. Personalmente tenía poco que temer de

intromisiones de parientes, pero la posición de su esposa era más comprometida. A menos que él la protegiese, sería muy fácil que ambos se viesen atados de pies y manos e incapacitados de recuperar de nuevo su libertad de movimientos. ¿Qué ocurriría, por ejemplo, si empezasen a circular ciertos rumores y a propagarse hasta llegar a oídos del viejo, y éste, por muy tolerante que fuese, se viese obligado, en aras de la opinión pública, a repudiar a su hija?

—Eso no me preocupa lo más mínimo. Puedo pasarme muy bien sin mi familia —había dicho la misma Misako.

¿Pero es que en la práctica podría hacerlo? Aso también tenía una familia y una vez arruinada la reputación de Misako, incluso si se separaba de Kaname, difícilmente podría irse con él. ¿Y qué sería de Hiroshi? ¿Cuál iba a ser su porvenir, con una madre socialmente desprestigiada? Aunque tuviesen que ser felices una vez separados, después de considerar todos los extremos, de momento parecía lo más prudente mantener las apariencias y luchar en silencio por una comprensión que no perjudicase a ninguno de ellos. Para evitar que la gente se entrometiese, iban estrechando progresivamente el círculo de amistades. Quedaban todavía ocasiones, sin embargo, para ponerse sus disfraces y representar sus papeles; siempre que ocurría así, Kaname se sentía culpable y desgraciado.

Quizás a Misako le preocupase lo mismo y ésa fuera la razón por la que parecía hoy tan poco dispuesta a salir con él. En muchos aspectos ella era tímida e indecisa, si bien tenía, para resistir las exigencias de la costumbre, del deber y la amistad, mucha más entereza que el mismo Kaname. No parecía importarle demasiado imponerse cierto control por el bien de Kaname e Hiroshi, pero cuidaba mucho de no hacer de su papel de esposa más ostentación que la indispensable. No era sólo porque odiase el engaño y la mentira. Debía tener también en cuenta a Aso. Éste se hacía cargo de la situación y la aceptaba, pero prefería que Misako se mostrase en público lo menos posible y, naturalmente, iba a gustarle muy

poco enterarse de que ella y Kaname habían ido juntos al teatro sin ninguna razón especial, nada menos que en el corazón del centro más concurrido de Osaka. Ella no acertaba a comprender si Kaname se daba cuenta de todo eso o no, o bien si dándose perfecta cuenta de todo, no veía motivo de inquietud; esa duda hacía todavía mayor su desasosiego y le impedía manifestarle cuáles eran sus preocupaciones. No había, en verdad, razón alguna para que él quisiera seguir cultivando la amistad de su padre. Otra cosa hubiese sido, naturalmente, si Kaname hubiese tenido que considerar indefinidamente al anciano como a «padre»; pero estando tan cercano el fin de aquel parentesco, ¿no eran acaso, más poderosas las razones para mantenerse alejado? Sólo conseguirían apenar más al anciano cuando, tras esa demostración de amor filial, se enterase del divorcio.

Los dos, con sus distintos pensamientos, tomaron el tren hacia Osaka. Acababan de florecer los primeros cerezos. A pesar de toda la brillantez del sol de finales de marzo, había todavía un resabio de invierno en el aire. La manga de Kaname, que dejaba ver la seda negra bajo el ligero *haori* primaveral, brillaba al sol como la arena en la playa. Metió las manos en su kimono y sintió el contacto del aire frío en la espalda. No le gustaba que las prendas interiores de invierno asomasen por el cuello y mangas del kimono como ocurre con tanta frecuencia, e incluso en los días de más frío, no llevaba más que un kimono interior junto a la piel.

El coche iba medio vacío porque era una hora muerta y en cada estación se apeaban y subían sin apresuramiento escasos pasajeros. El techo estaba pintado de un blanco intenso que resplandecía hasta en lo más profundo de los rincones y daba a los rostros de los pasajeros un aspecto sano y luminoso. Misako había tomado asiento enfrente a Kaname; envuelta en un chal hasta la nariz, leía un pequeño volumen de traducciones. La sobrecubierta blanca, recién salida de la librería, estaba limpia y rígida como una lámina de metal; los dedos, contra la cubierta, estaban enfundados

en pulidos guantes de seda color zafiro, y a través de ellos brillaban las puntiagudas uñas.

Casi siempre que salían juntos adoptaban actitudes similares. Si Hiroshi estaba con ellos era distinto, pero si iban solos, el hecho de sentir cada uno la cálida proximidad del otro se les antojaba algo más que incómoda, les parecía incluso inmoral. Cada uno, por su parte, esperaba que el otro tomase asiento para ir a ocupar entonces el de enfrente. Para prevenir el peligro que suponía el que sus miradas se encontrasen, Misako llevaba siempre algo para leer y en cuanto se sentaba levantaba un tabique ante los ojos.

Al llegar a Osaka, Kaname arrancó un billete de su abono y dejó que Misako sacase el suyo. Con una precisión que denotaba un plan cuidadosamente preparado, salieron a la plaza a dos o tres pasos de distancia. Kaname paró un taxi y subió el primero; Misako le siguió. Por primera vez se encontraban a solas, marido y mujer; pero cualquiera que les hubiese observado en aquel estuche de cristal, no hubiese visto más que a dos siluetas de cartón: una frente contra otra frente, nariz contra nariz, mandíbula contra mandíbula, ambos rígidos mirando hacia adelante, meneándose levemente a compás del taxi.

—¿Qué hacen? —preguntó Misako.

—*Suicidio de amor* —dijo él—, y no sé qué más.

Como forzados a romper el largo silencio, cada uno hizo su observación. Mientras hablaban seguían mirando rígidamente hacia adelante y espiaban mutuamente el perfil de la nariz del otro con el rabillo del ojo.

Misako, que no tenía la menor idea de dónde estaba el teatro Benten, no tuvo más remedio que seguir cuando bajaron del coche. A juzgar por las apariencias, Kaname había recibido instrucciones del anciano. Se dirigieron primeramente a un salón de té para los asistentes al teatro, y una muchacha en kimono les hizo de guía. Misako se sentía cada vez más abatida, conforme se iba aproximando el momento de presentarse ante su padre y

representar el papel de la perfecta esposa. Se lo imaginaba en la platea del teatro, sentado sobre su almohadón con los ojos fijos en la escena, una taza de sake^[2] a la altura de los labios y a su lado la concubina O-hisa. Misako se sentía violenta e incómoda en presencia de su padre; en cuanto a O-hisa, la detestaba vivamente. O-hisa, más joven que Misako, era una tranquila e imperturbable muchacha de Kioto cuya conversación, cualquiera que fuese el asunto de que se le hablase, no iba jamás más allá de unas cuantas frases amables. Su falta total de ingenio se avenía mal con la vivacidad de Misako, propia de las personas de Tokio; pero aún había más: la sola visión de O-hisa junto al anciano se le hacía a Misako insoportable. En aquellos momentos no consideraba que se tratase de su padre, sino de un viejo verde que le resultaba repulsivo.

—Voy a quedarme sólo durante un acto —murmuró cuando entraron.

Los penetrantes *shamisens*^[3] del teatro, pasados de moda, cuyo vibrante eco llegaba hasta el vestíbulo, parecían incitarla a la rebelión.

¿Cuántos años hará —se preguntaba Kaname— desde la última vez que estuve en un teatro al viejo estilo, acompañado por una muchacha del salón de té? Al dejar sus sandalias y sentir la madera suave y fría bajo las medias, pensó por un instante en un tiempo muy lejano —no debía de tener entonces más de cuatro o cinco años— en que había ido con su madre a una representación como aquella en Tokio. Recordaba que se había sentado en su falda, en el *rickshaw*^[4] que les llevó hasta la parte baja de la ciudad, desde su casa, situada en el antiguo barrio de los comerciantes; y que después su madre le había llevado de la mano mientras, arrastrando sus sandalias de los días de fiesta, seguían a la muchacha del salón de té en el teatro Kabuki. La sensación que experimentaba ahora al entrar en el teatro, el frescor de la madera lisa al contacto de los pies, eran los mismos que experimentó entonces. Esos antiguos

teatros pasados de moda, con sus asientos cubiertos por una estera de paja, siempre parecen fríos. Y aquel día llevaba también un kimono. Con qué viveza le había vuelto a su infancia aquella atmósfera, aquel penetrante olor a hierbabuena que se deslizaba bajo el kimono hasta su piel, fresco pero agradable, acariciante como esos primeros días de primavera llenos de sol pero fríos, en que los ciruelos están en flor.

—Llegamos tarde —había dicho su madre.

Y él se había apresurado y se había apresurado también su corazón.

Por alguna razón hoy el patio del teatro parecía más frío aún que el vestíbulo. Al avanzar por el pasillo que usaban en las grandes solemnidades los actores de Kabuki, Kaname y Misako sintieron que un escalofrío recorría sus brazos y piernas con una intensidad que les aturdía. El teatro era bastante grande y los espectadores pocos; el viento frío parecía silbar entre ellos como silbaba afuera en la calle. Hasta las marionetas en la escena parecían desamparadas, abatidas; daba compasión verlas hundir el cuello en sus vestidos y el efecto en conjunto estaba maravillosamente en armonía con los tonos tensos y tristes de los narradores y los *shamisens*. El patio estaba lleno en una tercera parte quizás y los espectadores se agolpaban cerca de la escena. La cabeza medio calva del anciano y el llamativo y recargado peinado japonés de O-hisa, no eran difíciles de distinguir, aun desde las últimas filas del teatro.

O-hisa les vio cuando bajaban por el pasillo.

—¡Oh! Ya están ustedes aquí —dijo con su pastoso acento de Kioto.

Recogió cuidadosamente una a una sobre sus rodillas las fiambreras, montones de ellas, adornadas con filetes de oro, y se hizo a un lado para dejar sitio a Misako junto al anciano.

—Han llegado ya —dijo.

Él les saludó brevemente y volvió a concentrarse otra vez en la escena.

El *haori* del anciano era de color indefinido, podría decirse que tenía un matiz verdoso, intenso, pero con un toque sombrío como el de las ropas de las marionetas o como uno de esos suaves brocados antiguos que un elegante de la Edad Media hubiese elegido. Debajo lucía un kimono oscuro de fino estampado y por las mangas del kimono asomaba una tela de color azafrán. Su codo izquierdo se apoyaba en la barandilla que delimitaba aquel pequeño sector de platea y el brazo cruzaba el pecho hasta el lado derecho de modo que el kimono se destacaba tieso desde el cuello y sus redondos hombros se marcaban más que de costumbre. Procuraba siempre que su atavío y sus maneras denunciasen lo avanzado de su edad: «Los viejos deben comportarse como viejos», le gustaba afirmar, y la elección de las prendas que usaba aquel día era una demostración de que creía en aquel dicho de «los viejos sólo parecen viejos cuando intentan llevar una indumentaria demasiado juvenil para su edad». Ese empeño en recalcar su edad divertía bastante a Kaname. El anciano, en realidad, tampoco lo era tanto. Suponiendo que se hubiese casado a los veinticinco o veintiséis y que su difunta esposa hubiese dado a luz a su primera hija Misako no mucho después, el hombre no tendría ahora más allá de unos cincuenta y seis años. Según la expresión de Misako, «no había prescindido todavía del sexo» y eso confirmaba la teoría. Una vez Kaname le había dicho: «Ser viejo es uno de los caprichos de tu padre».

—Deben de estar ustedes muy incómodos. ¿Por qué no estiran un poco las piernas hacia aquí? —dijo solícitamente O-hisa disponiéndose a preparar el té en aquel estrecho asiento, a la vez que les apremiaba para que tomaran dulces e intentaba trabar conversación con Misako, que desdeñaba desviar la vista de la escena.

El anciano mantenía la taza de sake en su mano derecha, vuelta ligeramente hacia atrás y apoyada en el extremo de una bandeja. Entre sus otros varios deberes, O-hisa debía cuidar que la taza no

llegase a estar jamás vacía. La taza era una de las tres decoradas en oro y bermellón con escenas de los grabados de Hiroshige, pues al viejo le había dado recientemente por afirmar que «el sake debe beberse en madera lacada». Todo —el sake, los dulces, las tazas y las fiambreras— había sido traído desde Kioto. A la vista de tan profuso surtido de objetos decorados con laca dorada a uno le venían a la mente los preparativos que hacían las doncellas de la corte, en otros tiempos, para ir a ver los cerezos en flor. El anciano, tan partidario de traerse sus propias vituallas, no era un cliente que hiciese prosperar el salón de té del teatro y, a ojos vistas, para O-hisa debía de suponer no poco esfuerzo planear tales expediciones.

—¿No quiere usted también? —O-hisa sacó otra taza y la ofreció a Kaname.

—Gracias. No bebo nunca durante el día... Aunque como hace un poco de frío, tal vez tome un sorbo.

O-hisa se inclinó para verter el líquido y la sugerencia de un perfume parecido al clavo emanó de su pelo hueco y peinado hacia arriba al rozar la mejilla de Kaname. Miró dentro de la taza el Fuji dorado en relieve que brillaba bajo el sake y el diminuto pueblecito que se extendía a su pie, hecho al estilo de los grabados en color de Hiroshige con los caracteres que indicaban el lugar representado.

—Me siento algo incómodo con una taza tan elegante.

—¿De veras?

Uno de los encantos tradicionales de las bellezas de Kioto —los dientes decolorados— apareció en la sonrisa de O-hisa. Los dos dientes centrales eran tan negros en su raíz como exigía la costumbre, según la antigua tradición cortesana y más allá, hacia la derecha, un colmillo descollaba hasta hender el labio. Muchos hubiesen visto en tal boca una atractiva candidez, pero no podía decirse, con sinceridad, que fuese hermosa. Misako, por otra parte, era cruel cuando afirmaba que aquella boca era algo bárbaro e inmundito. A Kaname le producía más bien tristeza. Que una boca se

descuidara hasta tal punto, indicaba el grado de ignorancia de la mujer.

—¿Ha traído todo eso de casa? —preguntó Kaname a O-hisa.

—Sí, claro.

—¿Y tiene que volver a llevarse todas esas cajas? La compadezco.

—Él dice que lo que venden en los teatros no se puede comer.

Misako se volvió a mirarlos; luego, con rapidez, miró de nuevo a la escena. Kaname se había dado cuenta de la brusquedad con que ella se apartó cuando, esforzándose en encontrar una posición cómoda, su pie rozó la rodilla de él. Kaname no pudo evitar una sonrisa, algo irónica, pensando en la prueba que representaba para ambos tener que estar juntos en tan reducido espacio.

—¿Qué te parece? —le preguntó en tono marital, deseando suavizar la tirantez.

—Con tantas diversiones como deben de tener —interrumpió O-hisa—, imagino que de vez en cuando les gustará un espectáculo tan plácido y agradable como las marionetas.

—Me he estado fijando en los cantantes. Son mucho más interesantes que las marionetas —dijo Misako.

El anciano tosió significativamente. Con los ojos fijos en la escena, buscaba a tientas el estuche de su pipa encima de las rodillas. El estuche de cuero había resbalado debajo del almohadón, pero él seguía buscándolo a ciegas cuando O-hisa se dio cuenta y lo cogió. Llenó la pipa, la encendió y la colocó cuidadosamente en la palma de la mano del anciano. Luego, tuvo ganas de fumar ella también y sacó de su faja de seda un estuche de cuero de color rojo ambarino y metió su pequeña mano blanca debajo de la tapa.

No es mala cosa ver una representación de marionetas con una botella de sake en una mano y una concubina en la otra, pensaba Kaname cuando terminó la conversación, y en busca de algo que distrajese mayormente su atención, se volvió hacia el escenario. El primer acto de *Suicidio de amor* estaba terminando. Los amantes,

Jiheí y la geisha Koharu estaban en escena, Koharu sentada a la derecha. La taza de sake había sido algo excesiva y Kaname se sentía un poco pesado. La escena le pareció lejana, a gran distancia, quizás a causa de los brillos, y tuvo que esforzarse para distinguir los rostros y los trajes. Se concentró en Koharu. La cara de Jihei tenía algo de la dignidad de las máscaras clásicas de la danza, pero su exagerada vestidura pendía sin vida de sus hombros al moverse en escena, haciendo difícil, para alguien tan poco familiarizado con las marionetas como Kaname, imaginar en él un soplo de calor humano. Koharu, de rodillas, con la cabeza ladeada, producía un efecto infinitamente mayor. También su traje era exagerado; la falda doblada hacia arriba le caía sobre las rodillas de forma muy poco natural, pero era un detalle del que Kaname podía fácilmente prescindir. Al anciano, cuando hablaba de teatro de marionetas, le gustaba comparar las marionetas japonesas de Bunraku con las occidentales que pendían de cuerdas. Estas últimas movían activamente manos y pies, pero el hecho de que estuviesen suspendidas y se las moviera desde arriba, hacía imposible marcar la línea de las caderas y el movimiento del torso. No había en ellas ni la fuerza ni el empuje de la carne viva, no se podía hallar en ellas nada que hablase de vida, del calor del ser humano. Las marionetas de Bunraku, por el contrario, eran movidas desde dentro, de modo que una ola de vida latía en ellas, perceptible bajo los vestidos. Su mejor adaptación tal vez fuese debida al uso del kimono japonés. Los mismos efectos no se podrían obtener con marionetas vestidas con trajes occidentales, ni aun en el caso de que se adoptaran las mismas técnicas de manipulación. Por eso las marionetas de Bunraku eran únicas en su género, inimitables, un medio explotado tan hábilmente que sería difícil encontrar nada semejante en parte alguna.

Kaname se dio cuenta de que estaba asintiendo. El activo Jihei era desgarbado, hasta un poco repulsivo. Se debía sin duda a que no era posible mantener el cuerpo de la marioneta de pie sin que

colgase un poco y por ello incurría en los mismos defectos de las marionetas occidentales. Si se llevaba el argumento del anciano más lejos, las marionetas arrodilladas, se podría decir, tienen más «fuerza humana» que las marionetas que se sostienen de pie; y en verdad, cuando Koharu se arrodillaba, el más leve movimiento de sus hombros sugería la respiración y de vez en vez un asomo de coquetería, lo que hacía que Koharu pareciese casi inquietantemente viva. Kaname miró al programa y vio que el que manejaba las marionetas era Bungoro, uno de los nombres más prestigiosos en esa especialidad artística. Su rostro era agradable y refinado, esa clase de cara que corresponde al artista consumado, y parecía sostener a Koharu entre sus brazos como un tesoro, sonriendo tranquilo por encima del pelo de la marioneta, con un goce tan completo en aquel arte suyo, que uno no podía dejar de sentir envidia. De pronto a Kaname le pareció que Koharu era una de esas hadas que él había visto en *Peter Pan*, un hada en forma humana pero más pequeña, más delicada, que reposaba en los brazos de Bungoro, apoyada suavemente contra la superficie de su traje de escena de hombros amplios.

—No entiendo lo que dice el *gidayu*^[5], pero me gusta Koharu — dijo Kaname en voz baja, como para sí mismo.

Por lo menos O-hisa debió de oírlo pero nadie contestó. Kaname entornaba los ojos de vez en cuando, esforzándose en enfocar mejor la escena. El calorcillo del sake empezaba entonces a disiparse y el perfil de Koharu se iba concretando cada vez más. Durante un rato, Koharu permaneció inmóvil: el brazo izquierdo enhiesto dentro del kimono, la mano derecha posada sobre una copa de porcelana, y la cabeza hundida en el pecho. Al concentrar su atención en la figura inmóvil, Kaname se dio cuenta de que olvidaba a Bungoro, de que Koharu ya no era un hada en los brazos de éste sino una figurilla viva, arrodillada en el escenario. No porque fuese como la Koharu de uno de los actores de Kabuki. Por inspirado que se mostrase el actor, siempre uno se decía a sí

mismo: —Ése es Baiko. O: —Ése es Fukusuke. Pero allí, en cambio, se sentía solamente a Koharu. Los rasgos de la muñeca carecían quizás de la expresividad de un Baiko o de un Fukusuke, pero ¿acaso la belleza de las geishas de dos siglos atrás mostraba verdaderamente sus emociones, sus pesares y sus alegrías como hacen los actores en escena? La verdadera Koharu, del periodo Genvoku^[6] ¿no sería una mujer «muñeca»? Lo fuese o no, lo que los asistentes buscaban en ella no sería la Koharu de los actores sino la Koharu-marioneta. La belleza clásica estaba como reprimida, cohibida, cuidando en extremo de no mostrar demasiada personalidad, y la marioneta en cuestión cumplía perfectamente todos esos requisitos. Una figura más llamativa, con más color, hubiese destruido el efecto. En realidad quizás todas las heroínas trágicas, Koharu y Umegawa y las demás, tuviesen para sus contemporáneos, idénticos rostros. Quizás esa muñeca fuese la «eterna mujer», tal como la requiere la tradición japonesa...

Kaname había visto actuar a las marionetas de Bunraku una vez, diez años antes. No le habían impresionado —en realidad sólo podía recordar que se aburrió tremendamente—. Hoy había acudido llevado únicamente por un sentido del deber, esperando aburrirse otra vez, y se sorprendía al ver cuán completamente se sentía metido en la obra. Tenía que reconocer que había envejecido desde entonces. Ya no estaba en situación de burlarse del diletantismo del anciano. Diez años más y tendría que confesar que había recorrido la misma distancia, y precisamente por el mismo camino, que el anciano. Tendría una concubina como O-hisa a su lado, una cajita con la pipa y todo lo necesario colgada de su cintura, una hilera de cajas ribeteadas de oro para la comida... y tal vez ni siquiera necesitara diez años. Siempre había parecido más maduro de lo que era y envejecería por tanto más rápidamente... Se fijó en O-hisa. Su rostro estaba un poco ladeado de modo que el perfil de su mejilla se dibujaba redondo, casi pesado, como el de una belleza cortesana en una pintura sobre pergamino. Comparó su perfil con el

de Koharu. Algo en su lenta expresión adormilada le hizo pensar en ambas como en una sola... Dos encontradas emociones se apoderaron de él: la vejez aporta sus propios placeres y por tanto no hay por qué temerla; y por otra parte el pensamiento, los síntomas de estar próximo a la vejez, era algo que él debía evitar a toda costa aunque solamente fuese por la ventaja que ello supondría para Misako. Después de todo, la razón principal de su separación era que no querían hacerse viejos, que querían sentirse libres para poder disfrutar de nuevo de su juventud.

—Le agradezco de veras que ayer me telefonease —dijo Kaname cuando, al caer el telón, el anciano volvió la cara hacia él—. No se lo digo por cortesía, empiezo a encontrarle gusto a las marionetas.

—No es necesario que lo digas sólo por complacerme. Piensa que no tengo ningún interés profesional —contestó el anciano con ese aire campechano y satisfecho que se adquiere con la edad.

Tenía los hombros encogidos por el frío y el cuello enterrado en un pañuelo de seda, suavizado por el uso y que en su tiempo debió de ser una prenda femenina.

—No creo que halles verdadera diversión en ello pero no te perjudicará haberlo visto por lo menos una vez en tu vida.

—Pues lo he pasado muy bien, se lo aseguro. ¿Por qué será? Siento habérmelo perdido hasta hoy.

—Los que han actuado esta noche son ya casi los últimos que quedan de los grandes marionetistas. Me pregunto a veces qué ocurrirá el día que ellos hayan desaparecido.

Mientras se mordía el labio tratando de disimular una irónica sonrisa, Misako tomó una porción de maquillaje compacto, lo depositó en la palma de la mano y empezó a empolvase la nariz pensando: «Ahora va a comenzar la conferencia».

—Es una vergüenza que haya tan poca gente —dijo Kaname echando un vistazo al teatro—. Supongo que los fines de semana no estará tan vacío.

—¿Qué? Pues esto es un lleno. El teatro es demasiado grande. El viejo Bunraku era mucho más apropiado: pequeño y acogedor.

—Leí en los periódicos que no les daban permiso para reconstruirlo.

—Se trata más bien de que la compañía no quiere invertir dinero en él. Poco público, pocos beneficios. Yo me digo: es un arte de Osaka y algún filántropo de Osaka debería costearlo.

—¿Por qué no lo haces tú, padre? —interrumpió Misako.

—Porque yo no soy de Osaka —el anciano hablaba muy seriamente—. Es Osaka quien debe cuidar de su propio arte.

—¡Pero si a ti te gusta tantísimo ese arte de Osaka! Te ha conquistado de lleno.

—Sí, como tú te has dejado conquistar por la música occidental.

—No es exactamente así, lo que pasa es que ésta no me gusta. Me ensordece.

—¿Te ensordece? ¿Y tu jazz? El otro día me vi obligado a oír un poco de jazz y puedo decir que aquello no era más que unos hombres vestidos a la occidental que se dedicaban a hacer ruido. Si eso es lo que te gusta, podrás encontrarlo en todos los rincones del Japón sin necesidad de importarlo.

—Supongo que debiste de oírlo en un local de ínfima categoría.

—¿Quieres decir que existe un jazz refinado?

—Pues sí. No se puede juzgar al jazz así en dos palabras.

—Realmente no acabo de entender a los jóvenes. Fíjate en esto, por ejemplo: las mujeres han olvidado ya cómo deben comportarse. ¿Qué es eso que tienes en la mano?

—Eso se llama un *compact*^[7].

—¿Un *compact*? No tengo nada que objetar contra esa manía que os ha dado por los maquillajes, pero lo que sí me parece mal es el modo como las mujeres lo usan en público sin preocuparse lo más mínimo de quién las está observando. No es elegante ni femenino; la mujer pierde todo su encanto. El otro día tuve que regañar a O-hisa por eso mismo precisamente.

—Un *compact* es algo muy útil. —Misako se dio la vuelta para tener luz más directa y sacando su lápiz de labios indeleble, dibujó

solemnemente un trazo carmesí en su boca.

—Pues es horroroso. En mis tiempos una mujer que se preciase de buena educación, jamás se hubiese atrevido a hacer algo semejante en público.

—Bueno, ahora lo hacen todas y no veo cómo vas a impedirlo. Conozco a una mujer que se ha hecho famosa porque tiene la costumbre de maquillarse en la mesa. Dondequiera que comamos juntas ella saca su maquillaje y llega incluso a olvidarse de la comida. Así cualquier comida dura una eternidad. Claro que eso ya es una exageración.

—¿Quién es? —preguntó Kaname.

—La señora Nakagawa. No la conoces.

—O-hisa, mira, preocúpate un poco de esto porque creo que está apagado. —Al decir esto el anciano sacó un brasero de carbón de leña de debajo su kimono y se lo alargó a O-hisa—. Este local es demasiado grande y está casi vacío. No logro entrar en calor.

—¿Qué le parecería tomar algo que le calentase por dentro? —Kaname, aprovechando que O-hisa estaba pendiente del brasero, le ofreció al anciano la botella plateada de sake, traída como todo lo demás desde Kioto.

Misako empezaba a impacientarse. El telón estaba a punto de levantarse de nuevo y Kaname parecía no tener ningún interés en encontrar una excusa para marcharse.

—No tengo las más mínimas ganas de ir y si puedo escabullirme a tiempo, iré a verte a eso de las siete —había dicho al terminar su conversación telefónica con Suma, aunque había añadido, además, que no estaba muy segura de conseguirlo.

—Mañana no podré moverme —dijo frotándose las rodillas, molesta al comprender por la mirada de Kaname que no le parecía cortés a él marcharse tan pronto.

—¿Por qué no te sientas en esa baranda hasta que empiece el próximo acto? —sugirió Kaname.

—O vete a dar una vuelta por ahí, por el vestíbulo o por el pasillo —añadió el viejo.

—¿Creéis que voy a divertirme mucho en el vestíbulo? —empezó a decir en tono áspero, que inmediatamente cambió por uno más amable—. Me he dejado conquistar por el arte de Osaka tal vez más incluso que mi padre. Un solo acto y ha logrado ganarme.

O-hisa ahogó una risita.

—¿Qué piensas hacer? —Misako se volvió hacia Kaname.

—Me da lo mismo.

Su respuesta era tan vaga como de costumbre, pero no ocultaba una cierta irritación por la presión que ella pretendía ejercer sobre él. Sabía perfectamente que Misako no deseaba quedarse, pero él creía que debían despedirse en el momento oportuno. Los habían invitado y ellos habían aceptado la invitación, después de todo, y Misako hubiese tenido que dejarle tomar a él la iniciativa, por lo menos para mantener las apariencias. Ella no tenía más remedio que contenerse y representar el papel de esposa lo mejor posible.

—Si nos vamos ahora, llegaremos justo a tiempo. —Sin tener en cuenta para nada la actitud molesta de Kaname, Misako sacó el reloj de la faja de seda y abrió la tapa cromada—. Pienso que ahora que estamos aquí podríamos aprovechar para ir a ver qué hacen en el Shochiku.

—Pero ten en cuenta que Kaname lo pasa bien aquí. —En el tono irritado del anciano había un dejo de niño mimado—. Deberías ser un poco más sociable. Al Shochiku puedes ir cuando quieras.

—Si quiere quedarse un rato más, pues nos quedamos.

—Además, O-hisa pasó toda la tarde de ayer y toda la mañana de hoy preparando la comida —insistió el anciano—. No podríamos comerlo todo nosotros solos.

—No tiene importancia, de veras. No deben quedarse sólo por eso. —O-hisa había permanecido al margen de la conversación escuchando como un niño escucha la conversación de los mayores.

Pero la observación del anciano la turbó un poco y concentró su atención en ajustar las tapas de todas aquellas fiambreras que formaban como un mosaico, para meterlas luego dentro de la caja.

Incluso el modo como había que hervir un huevo podía ser tema de una conferencia para el anciano, y el aprendizaje de O-hisa había requerido un largo y completo curso de cocina. Ahora no había nadie en el mundo que pudiera prepararle una comida tan a su gusto como su concubina y en aquel momento deseaba poder enorgullecerse de ella.

—Podríamos dejar el Shochiku para mañana —en su interior Kaname sustituía «Suma» por «Shochiku»—. Quedémonos a ver el próximo acto y así saboreamos lo que ha preparado O-hisa-san^[8]. Y después...

Pero con esto no terminó la disensión que se dejaba sentir entre ambos.

Al comenzar el acto segundo, con el último encuentro del desventurado Jihei y su esposa, los sentimientos de Kaname sufrieron una rápida variación. A pesar de estar representada por marionetas que se movían con exagerado amaneramiento, la escena doméstica respiraba tanta autenticidad que ambos, Kaname y su mujer, esbozaron una sonrisa amarga y fugaz. «¿Por qué estoy tan sola? ¿Acaso he alimentado en mi pecho a una serpiente o a un demonio?», recitaba el narrador por boca de O-san, y para Kaname estas palabras encerraban el secreto íntimo del matrimonio en el que la atracción sexual ha desaparecido, y aquello le producía un sentimiento de congoja interior que le oprimía el pecho. Recordaba vagamente que la obra, estrenada dos siglos atrás, había sido refundida varias veces, pero estaba seguro de que aquellas palabras habían quedado intactas, fieles al original. Era una de esas frases que tanto le gustaba comentar al anciano como prueba de su teoría de que las obras antiguas contenían sutilezas de las que la novela moderna carecía. Y un escalofrío recorrió el cuerpo de Kaname. ¿Qué iba a ocurrir si el anciano tomaba aquellas palabras

como tema de su comentario? Caería el telón y él, con aquel tono suyo característico, que parecía requerir la aprobación de todos diría: «En aquellos tiempos sabían decir bien las cosas: “¿Acaso he alimentado en mi pecho a una serpiente, a un demonio?”».

Esta posibilidad le puso a Kaname los pelos de punta. Por un momento sintió no haber accedido a los deseos de Misako y no haberse despedido al terminar el primer acto.

Pero aquel malestar desapareció al sentirse otra vez inmerso en la obra. Durante el primer acto sólo le había atraído Koharu, pero ahora también Jihei y O-san, su mujer, le subyugaban. La escena representaba el interior de una casa burguesa, a través del marco rojizo de la entrada. Jihei yacía en el suelo escuchando las súplicas de su esposa, con la cabeza recostada sobre la madera y los pies cubiertos por un edredón que le protegía del frío de finales de otoño: representación típica de un joven, de cualquier joven, que al llegar la noche siente una vaga desazón, un ansia de hallarse en el barrio luminoso del placer en el que la gente se divierte. Nada en el *gidayu* sugería que la acción transcurriese al anochecer, pero en la mente de Kaname, la imagen se presentaba con toda claridad. Al otro lado de la celosía que protegía la ventana, debían de hallarse los murciélagos, revoloteando sobre las calles de la comercial Osaka, de la plebeya Osaka. O-san, vestida con un kimono ordinario, de ama de casa, revelaba en su rostro, aunque en realidad se tratara de un rostro de madera, la tristeza de la mujer falta de cariño, y el contraste que ofrecía con el rostro radiante de Koharu era realmente notable. Aquélla era la cara de una virtuosa esposa de burgués. De vez en vez, otras marionetas salían a escena, bien por separado o varias a un tiempo. Kaname ya no se fijaba en aquellas piernas inertes, como en el primer acto. En realidad, ¿cómo iba a notarlo? Los movimientos de las marionetas en escena parecían totalmente naturales.

Y en medio de todos aquellos gritos, y lamentos, y altercados, e injurias —el pesado lamento del *gidayu*— estaba Koharu, su belleza

puesta de manifiesto por el contraste que ofrecía con la tempestad que rugía contra ella.

Kaname empezaba a preguntarse si el estilo de Osaka, perfectamente interpretado, era realmente tan burdo y ruidoso como siempre se había pretendido. Quizás su estruendo correspondiese tan sólo a la expresión de la tragedia. No le gustaba el *shamisen* de Osaka, pero le desagradaba más todavía el primitivismo del narrador, personificación, a su entender, de ciertos rasgos propios de la gente de Osaka, que a Kaname, nacido y educado en Tokio como su mujer, se le antojaban sumamente desagradables; una especie de impudor, de descaro, la más total ausencia de tacto que llegaba a veces al colmo de la inoportunidad y la grosería. El habitante de Tokio es reservado por naturaleza, totalmente distinto del de Osaka, tan campechano que traba con facilidad conversación con desconocidos en el tranvía e incluso —si bien esto ocurre en casos extremos— es capaz de preguntar sin ambages el precio del traje que uno lleva puesto, o dónde lo ha comprado. Tal conducta es considerada en Tokio descortés y grosera; el comportamiento en sociedad se cuida mucho más en Tokio que en Osaka, sin duda. Llega en ciertos casos a un refinamiento tal que sólo preocupan las apariencias y se cohibe la naturalidad. Pero sea como sea, los habitantes de Edo^[9] encuentran en los cantantes de Osaka la perfecta expresión del primitivismo y la rudeza de esta ciudad. Sin duda —se decía a sí mismo— el argumento, por fuertes y graves que sean las pasiones que expresa, podría ser interpretado con menos muecas, menos contorsiones, menos ademanes exagerados. Y si en verdad no pudiera ser expresado de forma menos enfática, el hombre de Tokio se sentiría inclinado a silenciarlo o bien a tratarlo en forma irónica.

Desde hacía poco, Misako interpretaba el *naga-uta*^[10], tal vez para dar expansión a su callado pesar: cuando Kaname lo escuchaba, a pesar de que era aún algo débil e inseguro, tenía una sensación de intimidad en la que se mezclaba la añoranza. El

anciano siempre decía que el *naga-uta* de Edo carecía de interés, a menos que lo interpretara un verdadero maestro. El aficionado —decía— ahogaba los sonidos intensos con el ruido sordo de la púa al golpear el cuero. Era naturalmente cierto que los tonos de Osaka eran más llenos, pero Misako opinaba —y Kaname estaba de acuerdo con ella— que los instrumentos japoneses eran simples y monocordes, si bien el estilo de Edo no ofrecía el estruendo ni la monotonía del de Osaka. Cuando se discutía sobre la música japonesa Kaname y Misako formaban siempre un bando en contra del anciano.

Los argumentos del viejo estaban plagados de referencias a «los jóvenes de hoy día». Toda inclinación por lo occidental le parecía de la misma inconsistencia e inestabilidad como eran a sus ojos las marionetas occidentales. Cuanto él decía no debía ser tomado completamente en serio pues incluso él mismo había sido atraído en su juventud por lo exótico. Pero cuando oía calificar a la música japonesa de «monocorde» y monótona, se irritaba. Generalmente Kaname no creía que valiera la pena discutir con él y dejaba la discusión en cuanto encontraba el momento apropiado. Sin embargo le parecía injusto que le llamasen superficial por el hecho de que apreciase las cosas occidentales. Tenía una buena razón: el gusto exclusivo por lo japonés, tal como el viejo lo entendía, estaba marcado siempre por aquellos moldes del periodo de Edo, el par de siglos y medio que precedieron a la restauración de 1868 y que Kaname detestaba. Siempre reaccionaba rápidamente en contra de ese periodo, pero le hubiese sido difícil hacer comprender al viejo el porqué. Él creía poder explicarse a sí mismo este antagonismo de forma bien sencilla. En pocas palabras, su aversión nacía del hecho de que la cultura Tokugawa^[11] constituyera un producto demasiado típico de la clase mercantil. Y en cualquiera de los aspectos en que se considerase esa cultura, nunca se podía uno sustraer a la visión del mercado. Y no era que a Kaname le repugnase el comercio. Se había criado en el barrio comercial de Tokio, antes de que fuese

destruido por el terremoto, y cuando lo recordaba, le invadía la más profunda nostalgia; pero el hecho precisamente de haberse criado en él le hacía sentir con mayor intensidad su vulgaridad, su plebeyez, su preocupación exclusiva por todo lo material. Había reaccionado en contra de todo ello inclinándose por lo sublime, por lo idealizado. Se sentía atraído por naturaleza hacia cualquier cosa que, además de ser bella, amable o atractiva, estuviese envuelta en una aureola poco menos que sagrada, que inspirase veneración. Algo ante lo que uno se sintiese impulsado a arrodillarse o que fuese capaz de elevarle hasta los cielos. Kaname perseguía ese ideal no sólo en obras de arte sino también en la mujer. Buscaba en la mujer atributos divinos, pero nunca había hallado lo que perseguía ni en el arte ni en la mujer. Se limitaba tan sólo a soñar ociosamente; y cuanto más inalcanzable le parecía su sueño, más distinto de la realidad, más intenso era su anhelo. En la novela, en la música, en el cine occidental, encontraba algo que colmaba sus ansias, a causa probablemente de la visión que tienen los occidentales de la mujer. La tradición del culto a la mujer data de antiguo en Occidente; ya venga representada por una diosa de la antigua Grecia o por la imagen de la Virgen. Como esta actitud ha persistido a través de los tiempos, ha encontrado, como es lógico, su expresión en el arte y en la literatura. Kaname tenía una auténtica sensación de soledad y de insatisfacción al pensar en la vida emotiva de los japoneses, tan falta del sentimiento de culto a la mujer. La antigua literatura cortesana japonesa y el drama Nô de la época feudal, cimentados en el budismo, no estaban exentos de fuerza vital, y en su dignidad clásica había algo de lo que él andaba buscando; pero con el shogunado de Edo y la decadencia del budismo, ese sentimiento desaparecía. Los novelistas y dramaturgos del periodo Edo —Saikaku y Chikamatsu^[12]— describieron mujeres dulces, conmovedoras, prontas a deshacerse en lágrimas a los pies de un hombre, pero nunca describieron un tipo de mujer ante el que el hombre se sintiese impulsado a doblar la

rodilla. Kaname prefería una película americana antes que una obra de Kabuki del siglo xvii. A pesar de toda su vulgaridad, Hollywood se encontraba muy cerca de los sueños de Kaname, tal vez porque siempre encontraba algún modo para exhibir y ensalzar la belleza de la mujer. El teatro y la música de Tokio no le agradaban a causa de la estrepitosa hilaridad propia de la antigua Edo; y el *gidayu* de Osaka le parecía insoportable por su aire invariablemente sombrío que tanto recordaban la época Tokugawa.

¿Por qué hoy no sentía esa repulsión? Sin darse apenas cuenta, se había dejado prender por la fuerza de la obra e incluso el estridente acompañamiento musical y el desmesurado papel atribuido a las pasiones —todo ello tan típico de la cultura mercantil de Osaka— parecían colaborar en aquella su íntima persecución del ideal. El portal rojo que aparecía en escena y del que pendía el anuncio de una tienda que dividía en dos el proscenio, en perspectiva, le entristecía porque representaba y patentizaba la oscuridad en que vivían los comerciantes de Osaka. Y había también algo que recordaba la profundidad recogida y misteriosa de un templo, algo que recordaba el grave esplendor con que, desde el fondo de su hornacina, brilla el halo de Buda. Todo aquello se hallaba muy lejos de la luminosidad de una película americana. Más bien aparecía como una tenue claridad que se esfuma, procedente de la pátina de los siglos.

—Tal vez tengan ya apetito. No es que sea gran cosa, pero...

Cuando hubo bajado el telón, O-hisa comenzó a ofrecer las vituallas que había traído en las fiambreras de laca.

La imagen de aquellos muñecos, Koharu y O-san, no se había borrado todavía de la mente de Kaname. Le intranquilizaba pensar que el viejo podía empezar en cualquier momento una discusión que tuviese como tema aquello de la serpiente y del demonio en un pecho de esposa y se le hacía difícil, durante la comida, estar todo lo cortés que se había propuesto.

—Tendrán ustedes que perdonarnos, porque comeremos y nos marcharemos enseguida —dijo Kaname.

—¿Ya? ¿Tan pronto os vais a marchar?

—Yo me quedaría un rato más, pero parece que Misako quiere pasar por el teatro Shochiku.

—Lo comprendo, pero... —O-hisa llevaba sus ojos del anciano a Misako como si quisiera interceder entre ellos.

Kaname y Misako aprovecharon el momento en que empezaba el acto siguiente para desaparecer. O-hisa les acompañó hasta la puerta.

—No ha sido precisamente una demostración de amor filial —dijo Misako con alivio, cuando salieron a la calle y se vieron por fin a la luz cegadora del barrio de los teatros.

Kaname no contestó.

—¿Dónde vas? Es por aquí.

—¿Eh? —Dio la vuelta para seguir a Misako que se apresuraba con impaciencia en sentido opuesto.

—Creía que sería más fácil encontrar un taxi por allí.

—¿Qué hora debe de ser?

—Las seis y media.

—No sé qué voy a hacer. —Se quitó los guantes y los retorció nerviosamente sin dejar de apresurarse.

—Si quieres ir, no es demasiado tarde.

—¿Qué será lo más rápido? ¿Un tren desde la estación de Osaka?

—Toma el tren eléctrico y luego un taxi. Podemos despedirnos aquí.

—¿Y tú qué harás?

—Daré una vuelta y después iré a casa.

—Si llegas antes que yo, ¿querrás enviar a alguien que vaya a buscarme a la estación a eso de las once? Aunque de todas formas lo más probable es que llame.

—Como tú quieras.

Kaname paró un taxi americano para Misako. Y después de haber mirado por última vez el perfil de ella, enmarcado en la ventanilla de la portezuela, se perdió otra vez entre la multitud.

IV

Querido Hiroshi:

¿Han terminado ya tus exámenes? Espero pasar las vacaciones contigo.

¿Y qué te voy a llevar? Te he estado buscando un perro cantonés, pero no parece que en esta ciudad haya ninguno. Shanghái y Cantón parecen estar en distintos países. Pienso que lo mejor va a ser llevarte un lebel. Hay muchos por aquí. Supongo que sabes muy bien cómo son los lebreles pero por si acaso te envió una fotografía.

La fotografía me hace pensar que quizás prefieras una máquina fotográfica. Dime pronto si prefieres la máquina o el lebel.

Dile a tu padre que he encontrado Las mil y una noches en Kelly and Walsh; naturalmente no se trata de Las mil y una noches para niños. Llevo un brocado para tu madre, pero supongo que con el poco gusto que tengo para esas cosas, me habré equivocado una vez más y van a reírse de mí. Será terrible. Dile de todas formas que me ha costado mucho más escoger su brocado que buscar a tu perro.

No voy a llevar mucho equipaje y por tanto ya me las arreglaré solo. Si te llevo el perro, pondré un cable y entonces será mejor que vaya alguien a esperarme al barco. Tomaré el Shanghaimaru que llega a Kôbe el veintiséis.

TAKANATSU HIDEO

El día veintiséis a mediodía Kaname e Hiroshi esperaban el barco.

—¿Y el perro? ¿Dónde está? —gritó Hiroshi en cuanto llegó al camarote de Takanatsu.

—¡Ah! El perro está aquí dentro —contestó Takanatsu.

Llevaba puesta una chaqueta de tweed de color blanco, un suéter gris y unos pantalones de franela también grises. De vez en vez, hacía un alto en su tarea alrededor del equipaje para dar una chupadita a su cigarro que pasaba continuamente de su mano a su boca y viceversa; concentrado en el gesto aquel que parecía dar al camarote una urgente actividad.

—Parece que traes bastante equipaje. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —preguntó Kaname.

—Aquí, cinco o seis días. Tengo también algún asunto en Tokio.

—¿De qué se trata?

—Vino. Vino de Shaohsin. Muy viejo. Quédate con una botella si quieres.

—¿Y si nos libráramos de estos paquetitos? Jiiya espera abajo. Le llamo y le digo que empiece a pasar con ellos.

—Pero ¿y el perro? —interrumpió Hiroshi—. ¿No se va a ocupar Jiiya de él?

—No es necesario. El perro puedes llevarlo tú mismo —replicó Takanatsu.

—¿No muerde?

—En absoluto. Puedes hacerle lo que quieras. En cuanto te vea te empezará a hacer fiestas.

—¿Cómo se llama?

—Lindy. Es una abreviación de Lindbergh. Un ilustre nombre de importación.

—¿Se lo has puesto tú?

—No. Su dueño anterior era extranjero y le puso este nombre.

—Hiroshi —interrumpió Kaname para hacer callar al niño que no cesaba de hablar del perro—. ¿Quieres ir abajo y llamar a Jiiya, por

favor? El mozo no podrá él solo con todo eso.

Takanatsu observó a Hiroshi que se marchaba, mientras él se inclinaba para sacar un voluminoso paquete de debajo de la cama.

—Tiene un aspecto estupendo.

—Los niños acostumbran casi siempre a tener buen aspecto. Sin embargo es extraordinariamente nervioso. ¿Te ha contado algo en sus cartas?

—No, que yo sepa.

—Claro, porque sus sospechas no han tomado todavía forma definitiva. No sabe exactamente qué es lo que no marcha bien y a su edad no sabría qué decir.

—Sin embargo he notado que las últimas cartas me llegan con más frecuencia. Tal vez sea porque está preocupado... No, no me he dado cuenta de nada más.

Takanatsu se sentó pesadamente sobre la cama y se abandonó a su cigarro.

—¿Todavía no le has dicho nada?

—Todavía no.

—Creo que en eso te equivocas. Ya hemos hablado otras veces de ello.

—Si me hiciese alguna pregunta, probablemente se lo diría.

—¿No irás a esperar que sea él quien saque a relucir el tema?

—Supongo que no y por eso sigo sin decirle nada.

—Pues estás equivocado. De veras que te equivocas. Cuando llegue por fin el momento, será mucho peor tener que explicárselo todo de una vez. ¿No sería mucho más natural que le dieras tus razones paso a paso, que se las explicaras e hicieras comprender qué es lo que inevitablemente va a ocurrir?

—Creo que en realidad lo presiente de modo vago. No le hemos dicho nada directamente, pero sí le hemos dejado ver suficientes cosas como para que adivine. Probablemente está resignado a aceptar lo que venga, incluso sin saber a ciencia cierta de qué se trata.

—Pero sería mucho más fácil decírselo. Fíjate: mientras no le digas nada, puede estar imaginando lo peor y por eso está tan nervioso. Si cree, por ejemplo, que no podrá volver a ver a su madre nunca más, ¿no sería mejor tranquilizarle cuanto antes?

—He pensado lo mismo, pero temo el *shock* que esto puede producirle y sigo aplazándolo.

—Dudo que fuese para él un golpe tan grande como piensas. Los niños son fuertes; te sorprenderías si vieras lo fuertes que son. Tú crees que va a ser algo terrible para él, pero tú eres un adulto y no puedes saber lo que pasa por la imaginación de un muchacho. El niño crece, evoluciona, cambia y ésa es una de las cosas en las que ellos no hacen hincapié. Tú se lo explicas con calma y se resignará al ver que es algo que no puede evitar.

—Ya lo he pensado. Ya he pensado todo eso que acabas de decir.

En realidad Kaname había estado esperando la visita de su primo con una mezcla de contento y de temor. Le irritaba su propia indecisión, esa tendencia suya a posponer toda acción de un día para otro, de una semana para otra, de un mes para otro, hasta que por fin se había convencido de que no sería capaz de hablar hasta que la crisis final se produjese. Presentía que con la llegada de Takanatsu se vería impulsado, aunque de forma penosa, a tomar alguna determinación. Pero ahora, al enfrentarse con una solución que había considerado sólo como una eventualidad lejana, más que animado a arrostrarla, le aterraba la idea y estaba dispuesto a retroceder.

—¿Qué planes tienes para hoy? —dijo Kaname cambiando de tema—. ¿Irás directamente a casa?

—Tengo que hacer algunas cosas en Osaka, pero pueden esperar.

—Supongo que preferirás primero instalarte en casa.

—¿Y Misako? ¿Está en casa?

—Estaba cuando me fui.

—¿Me espera?

—Posiblemente. O quizás haya salido. Es muy diplomática y tal vez ha pensado que será mejor que hablemos primeramente solos, o habrá tomado esa razón como excusa para irse.

—Querría hablar con ella también, naturalmente, pero me gustaría saber antes cuáles son tus intenciones. Ya sé que es una equivocación que un extraño se inmiscuya en un divorcio, por buen amigo que sea. Ahora bien, vuestro caso es algo muy particular, porque sois capaces de no decidiros nunca.

—¿Has comido ya? —Kaname cambió otra vez de tema.

—Todavía no.

—¿Por qué no vamos entonces a comer a Mitsuwa? Hiroshi puede adelantarse; con el perro se entretendrá solo.

—¡Lo he visto! —exclamó Hiroshi entrando otra vez en el camarote—. Es una maravilla; parece una gacela.

—Tendrías que ver cómo corre. —Takanatsu se había vuelto hacia el niño—. Me dijeron que corre más que un tren. El mejor modo de hacerle hacer ejercicio es dejarlo correr delante de la bicicleta. Los lebreles corren en los hipódromos, ¿sabes?

—Querrás decir en los canódromos —corrigió Hiroshi.

—Me has atrapado.

—¿Ha tenido ya el moquillo?

—Sí, lo ha pasado ya; tiene un año y siete meses. El problema va a ser cómo llevarlo a casa. ¿En tren hasta Osaka y luego en taxi?

—Mucho más sencillo. Puede ir en el tren eléctrico sin necesidad de hacer ningún cambio. Sólo es preciso ponerle bozal y así puede viajar con nosotros.

—¿Tenemos ahora trenes eléctricos? El Japón se está poniendo al día.

—¡Oh! Tenemos de todo —exclamó Hiroshi, empleando una expresión propia de los habitantes de Osaka.

—Tenemos de todo. Tenemos de todo —intentó remedar Takanatsu.

—Espantoso, nadie iba a creer que eras de Osaka. ¡Qué divertido el dialecto en boca del tío!

—Este chico es un portento. Emplea con Misako y conmigo un lenguaje completamente distinto del que usa en la escuela.

—Cuando quiero hablo con acento de Tokio, pero todos los chicos de la escuela son de Osaka. —Hiroshi seguía haciendo gala de su dialecto local.

—Hiroshi —interrumpió Kaname pues el chico parecía dispuesto a proseguir la conversación—. ¿Qué te parecería empezar a bajar del barco y empezar a pasar con Jiiya? Tu tío tiene que resolver algunos asuntos en Kôbe.

—Y tú, papá, ¿qué vas a hacer?

—Iré con él. Hace mucho que no ha probado el *suki-yaki*^[13] de Kôbe y pienso que le gustará comerlo. Supongo que tú no tendrás hambre. Has desayunado bastante tarde. Y además tenemos que hablar de algunas cosas.

—Ah... sí.

Hiroshi demostró saber de qué se trataba. Miró temeroso a su padre, intentando leer algo más en la expresión de su cara.

V

—Lo primero es decidir qué vamos a hacer con Hiroshi. Lo mejor sería hablarle cuanto antes, y si a ti te resulta demasiado penoso, puedo hacerlo yo. —Takanatsu hablaba sin asomo de impaciencia. Estaba acostumbrado a actuar con rapidez y eficacia y por eso fue derecho al problema en cuanto estuvieron sentados en el restaurante, incapaz de malgastar los pocos minutos que el *suki-yaki* necesitaba para acabarse de cocer.

—No, no lo hagas, por favor. Si alguien tiene que hablarle, seré yo.

—Eres naturalmente tú quien debería hacerlo, pero el caso es que cuando llega el momento no lo haces.

—Bueno, de todas formas, déjame el chico para mí. Yo le conozco mejor que nadie. Seguro que tú no te habrás dado cuenta de cómo se ha comportado hoy, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—No ha dejado de hacer demostraciones: corrigiendo tus errores, alardeando de su acento de Osaka. En circunstancias normales nunca se comporta así; por mucha confianza que te tenga, en otras circunstancias no hubiese hecho tanta comedia.

—Lo que sí noté es que se mostraba más alegre y locuaz que de costumbre. ¿Crees que estaba representando una comedia?

—Seguro.

—¿Y por qué razón? ¿Acaso se sentía obligado a divertirme?

—En parte supongo que sí. Aunque la verdad es que estaba asustado porque te teme; te tiene una gran simpatía pero al mismo

tiempo le das miedo.

—¿Por qué iba a tener miedo de mí?

—No puede tener idea exacta de la especie de callejón sin salida a que hemos llegado su madre y yo, pero sospecho que ve en tu visita un signo inequívoco de que ciertas cosas van a cambiar. Hubiéramos podido seguir indefinidamente en esta situación, pero tu llegada va a obligarnos a tomar una determinación. Probablemente piensa algo así.

—¿Así no está contento porque yo haya llegado?

—Bueno, has traído regalos y eso siempre le satisface. Te tiene gran afecto y le agrada que estés aquí pero a la vez tiene miedo. Hiroshi y yo somos muy parecidos y ésa es una de las razones por las que no me he decidido todavía a hablarle. Tiene tan pocas ganas de saber, como yo de hablarle; lo veo por su modo de comportarse. Y no sabe lo que tú vas a pensar ni a decir. Comprende que hay cosas que yo prefiero no decirle y teme tener que oírtelas decir a ti.

—¿Por eso intenta ocultar su miedo con esa falsa alegría?

—En cierto modo nosotros tres, Misako, Hiroshi y yo, nos parecemos. Somos diferentes, naturalmente, pero igualmente débiles. Cada uno de nosotros preferiría dejar las cosas tal y como están. Pero tu llegada parece que nos forzara a tomar una decisión. Si debo decirte la verdad, yo también te tengo miedo.

—Quizás lo que debería hacer yo fuese lavarme las manos.

—No, eso no. Te tengo miedo, como he dicho, pero me doy cuenta de que lo mejor es zanjar la cuestión.

—Bueno, ya veo que el horizonte no podría presentarse más nublado. ¿Y qué tal es ese Aso? Tal vez pudiéramos comenzar por él.

—Pues es como Misako y como yo. Dice que mientras Misako se niegue a tomar una decisión concreta, él no puede hacer nada.

—Y tiene razón. No va a entrar en escena como el causante de vuestro desastre familiar.

—Hemos prometido discutir la cuestión a fondo y escoger un momento oportuno para los tres. Vamos a considerar los intereses de cada cual.

—Pues eso quiere decir que seguiréis así eternamente. ¿Cómo quieres que la situación se resuelva si ninguno queréis tomar la iniciativa? Nunca va a llegar ese momento que esperas.

—Sí, llegará. Un buen momento hubiera podido ser el de estas vacaciones de primavera, por ejemplo. Una de las cosas que me impiden dar ese paso es pensar que Hiroshi esté solo en la escuela cuando se acuerde la separación; no soporto imaginarlo lejos de casa, solo, preocupado, intentando quizás contener las lágrimas en clase. En cambio durante las vacaciones podré salir con él, llevarlo al cine; le distraeré hasta que lo peor haya pasado y empiece a conformarse.

—¿Y por qué no lo hiciste durante este mes, entonces?

—Porque a Aso no le iba bien. Su hermano se va al extranjero el mes próximo y Aso no quisiera preocuparle con problemas de familia precisamente mientras está preparando el viaje. Es mucho mejor esperar a que ya esté fuera, dice Aso.

—¿Así la próxima ocasión será durante las vacaciones de verano?

—Eso es. Las vacaciones de verano son también largas y se presentará más de una oportunidad.

—Aparecerá cualquier imprevisto y volveréis a aplazarlo. Verdaderamente esta situación no tendrá fin.

La mano de Takanatsu, descarnada pero robusta, surcada de venas, temblaba ligeramente como después de levantar un peso. El sake empezaba, posiblemente, a hacer su efecto. Extendió su mano y sacudió la ceniza del cigarro que cayó como pesados copos de nieve en el agua del brasero.

Siempre que hablaba con su primo, Kaname tenía una sensación de insinceridad; cada dos o tres meses, cuando éste regresaba de China, la conversación se desarrollaba como si la sola cuestión

fuese: ¿cuándo ha de ser el divorcio? Realmente la otra cuestión previa: ¿debe haber divorcio? hacía tiempo que estaba decidida. Takanatsu tenía por seguro que el divorcio era inevitable, y sólo le preocupaba el momento y el modo. No era por propia iniciativa que insistía para que se llevase a cabo el divorcio; sencillamente, lo que ocurría es que le habían pedido opinión y colaboración, dando por descontado que la cuestión básica estaba ya decidida. Por su parte Kaname no estaba dispuesto a demostrar una firmeza que no sentía; aunque quizás la fuerza y virilidad que emanaban de Takanatsu pudieran contagiarle e inspirarle más entusiasmo y decisión de los que por sí solo podía tener. Y aún había más: parte del placer que le procuraban las visitas de Takanatsu residía en el hecho de que junto a él creía estar controlando su propio destino. Incapaz de cualquier acción, sumido en el ensueño de una existencia de la que estuviera ausente Misako, se daba cuenta de que las visitas de Takanatsu estimulaban su fantasía con nueva viveza, como si fuese a convertirse inmediatamente en realidad. Sin embargo no sería exacto decir que veía en Takanatsu un instrumento por medio del cual sus ensueños iban a convertirse en algo sólido.

La separación siempre es triste. Sin tener en cuenta a las personas, se desprende siempre una cierta tristeza del mero hecho de la separación, y Takanatsu tenía razón cuando decía que mientras estuviesen esperando mano sobre mano a que llegase el momento apropiado, nada ocurriría. Takanatsu, cuando a su vez se había encontrado en el trance de separarse de su esposa, no se detuvo ante semejantes dudas. Una vez decidido, la llamó una mañana y le hizo saber simplemente cuáles eran sus propósitos; pasó el resto del día exponiéndole sus razones y, una vez todo estuvo determinado, se pasaron la noche —aquella noche de despedida— uno en brazos de otro. «Ella lloraba, y yo lloraba y me lamentaba», le contó Takanatsu a Kaname más tarde. Kaname le había expuesto su problema a Takanatsu porque éste había pasado

ya por esa prueba con una firmeza que había admirado a su primo. Kaname se decía que cuando un hombre es capaz de afrontar el drama y que llora cuando la situación lo exige, ha de encontrarse lleno de calma y serenidad cuando la crisis ha pasado; si no fuese así, nadie podría decidirse a dar semejante paso. Pero Kaname no se decidía a seguir el ejemplo. Le preocupaban demasiado las apariencias a causa de su educación tokiota, lo mismo que le desagradaba la falta de contención de las marionetas de Osaka, y se veía con repugnancia representando un papel en uno de aquellos melodramas. Quería llevar el asunto a buen fin serenamente, sin deshacerse en lágrimas; quería separarse en perfecta armonía, fundiendo los propios sentimientos y los de su mujer en un completo acuerdo.

Y no creía que todo eso fuera imposible. Su caso, después de todo, no era como el de Takanatsu. Él no tenía nada contra su mujer. Uno y otro habían perdido toda fuerza de atracción sexual. Todo lo demás —gustos, modo de pensar— concordaba perfectamente. Él no veía en ella a la mujer y ella no veía en él al hombre: era la conciencia que tenían de ser marido y mujer sin realmente serlo lo que creaba aquella tensión entre ellos. De no haber estado casados, probablemente hubiesen podido ser excelentes amigos.

Kaname no veía ningún motivo para dejar de ver a Misako después de la separación; no veía la razón de que, con el paso del tiempo, no pudiese encontrarse sin rencor y pasar un rato agradable con una mujer que, a la vez que la esposa de Aso, era la madre de Hiroshi. Era natural que cuando el momento llegase, no fuese tan fácil, por la opinión pública y por el mismo Aso, como ahora parecía. Pero la congoja que le producía la simple palabra «divorcio» no hubiese sido tan terrible si supiese que por lo menos podrían seguir viéndose de vez en cuando. Misako le había dicho un día: «Si se pusiera malo Hiroshi, me lo dirías, ¿verdad? Prométeme que lo harías. Me resultaría insoportable pensar que no podría verlo. Aso

dice que está de acuerdo». Kaname daba por seguro que «Hiroshi» comprendía también el padre de Hiroshi, y naturalmente él deseaba lo mismo de Misako. No habían sabido ser, quizás, completamente felices, pero habían vivido juntos como marido y mujer, se habían acostado juntos, se habían levantado juntos durante más de diez años y habían tenido un hijo, además. ¿Existía alguna ley que exigiese que, una vez divorciados, debiesen portarse como extraños y que, llegado lo peor, no pudiese acercarse uno al lecho de muerte del otro? Y si con el tiempo se unían a un nuevo compañero y tenían otros hijos, tal vez aquel deseo de seguirse viendo desaparecería, pero por el momento la idea de poder seguirse viendo era por lo menos bastante reconfortante.

—Hay en realidad otra razón. Te reirás, quizás, pero no fue sólo por el chico por lo que yo no era partidario de hacerlo este mes.

—¿Ah? —Takanatsu miró interrogadoramente a Kaname, cuyos ojos se habían posado en el brasero y cuyos labios esbozaban una embarazosa sonrisa.

—Cuando digo que hay que escoger un momento que sea bueno para todos, una de las cosas que yo tengo en cuenta es la estación. Ciertas estaciones son mucho más tristes que otras; la peor debe de ser el otoño, el momento más triste del año. Un hombre que estaba ya decidido, al ver que la mujer lloraba a mares y le decía que se cuidase durante el invierno, acabó echándose atrás. Y yo lo comprendo muy bien.

—¿Quién fue?

—Nadie en particular, me lo han contado por ahí.

—Parece como si recogieses todos los casos para tomar ejemplo.

—Me interesa saber cómo se las arreglaron los demás. No es que vaya por ahí precisamente preguntando, sino que me parece natural prestar atención cuando oigo algún caso. Aunque el nuestro está tan fuera de lo corriente que no encuentro demasiados precedentes que puedan ayudarme.

—Entonces, ¿el mejor momento del año es cuando hace mucho sol, como ahora?

—Ésa es mi teoría. Todavía hace un poco de frío, pero la temperatura va mejorando, y dentro de poco los cerezos estarán en flor y luego saldrán las hojas. Después las nuevas hojas... Eso hará la separación más fácil...

—¿Has llegado solo a esa conclusión?

—Misako está también de acuerdo. Si debemos separarnos ha de ser en primavera.

—Espléndido. Eso quiere decir que habrá que esperar hasta la próxima primavera.

—El verano no sería mal momento... pero mi madre murió en verano. En julio. Lo recuerdo muy bien. Todo estaba lleno de vida y calor, pero aquel verano fue más triste de lo que yo nunca hubiese imaginado. La sola visión de las hojas verdes me hacía llorar. No podía remediarlo.

—¿Lo ves? Da lo mismo que sea primavera u otra estación. Si algo malo nos ocurre mientras los cerezos están en flor, nos deshacemos en lágrimas al ver los cerezos en flor.

—A veces me he preguntado si será como dices. Pero si me dejo llevar por ese pensamiento, me dejaré perder también la oportunidad y no me quedará esperanza.

—Y terminarás por no divorciarte.

—¿Lo crees así?

—La pregunta debería ser: ¿Lo crees tú?

—No lo sé, francamente; lo único que sé es que los motivos para pedir el divorcio son demasiado claros. No hemos sido felices antes y ahora no podemos seguir estando casados, sobre todo ahora que el asunto de Aso ha ido adquiriendo importancia. Debo decir, sin embargo, que yo he favorecido las cosas. Ésa es la verdad: Misako lo sabe también, y no hay duda entre una breve tristeza o una infelicidad para el resto de nuestras vidas. En realidad la decisión

está tomada y lo único que ocurre es que no tenemos valor para llevarla a cabo.

—Intenta pensar esto: si ya no sois en realidad marido y mujer, se trata sólo de la cuestión de vivir o no juntos en una misma casa. ¿Te facilita esto las cosas?

—También lo he pensado; pero no es tan fácil como crees.

—¿A causa de Hiroshi? No tiene por qué dejar de llamar madre a Misako.

—Supongo que es bastante corriente que las familias tengan que separarse. Los diplomáticos, los funcionarios han de vivir a veces en el extranjero y dejan a los hijos en Tokio; también la gente que vive en el campo, donde no hay escuelas, debe mandar a los hijos a otro lugar. Podría pensar que nos ocurre algo así.

—Eres tú en realidad quien ve las cosas más negras y más tristes de lo que son. No es tan desagradable como le haces creer a ti mismo.

—Bueno. Reconoce, de todas formas, que la tristeza es algo subjetivo. Lo malo del caso es que ni Misako ni yo tenemos ningún resentimiento contra el otro; esto facilitaría las cosas, pero pensando cada cual que el otro es una buena persona, el asunto se pone imposible.

—Lo mejor hubiese sido que ese par huyesen.

—La verdad es que Aso lo sugirió mucho antes de que nos hallásemos en este punto muerto, pero Misako lo tomó a risa y dijo que una cosa así sólo sería posible si le hiciesen oler éter y la raptasen mientras estuviese inconsciente.

—¿Y si presentaras una demanda?

—No se conseguiría nada. Ambos sabríamos que estábamos representando una comedia: «Vete» le diría. «Me voy» contestaría, y llegado el momento de poner en práctica las palabras uno u otro romperíamos a llorar.

—Ése sí que es un problema matrimonial, si los hay. Decididos a obtener el divorcio, y convirtiendo la decisión en una auténtica

carrera de obstáculos.

—Lo bueno sería conseguir una especie de anestesia mental... ¿Qué ocurrió cuando dejaste a Yoshiko? Supongo que la odiarías.

—Experimentaba odio y tristeza a un tiempo, aunque dudo que sea posible odiar de modo completo y total a alguien del sexo contrario.

—Aunque la pregunta no sea muy correcta, ya lo sé, ¿no crees que es más fácil divorciarse de una mujer que tiene «un pasado»? Esa clase de mujer no acostumbra a tomar el divorcio demasiado en serio, porque ha conocido ya anteriormente a muchos hombres y no le importa volver a su antigua vida alegre.

—No hablarías así si hubieses sido tú el marido. —La cara de Takanatsu se ensombreció un poco, pero pronto supo recobrarse y siguió diciendo en el tono de antes—: Con eso sucede como con tus estaciones; no creo que exista ningún tipo especial de mujer al que sea más fácil abandonar que a otras.

—No sé; siempre he pensado que el tipo de mujer, digamos cortesana, es más fácil de abandonar que el otro tipo, digamos maternal. Tal vez lo miro desde mi punto de vista.

—Pero el que el divorcio signifique poco para ese tipo de mujer que calificas de cortesana, lo hace, en cierto modo, más triste, puesto que, salvo si ella hace una buena boda, vuelve a la vida alegre y esto repercute también en el marido. He pasado por esa prueba y te aseguro que no existe ese tipo de mujer del que es fácil separarse.

La conversación quedó aquí y ambos centraron su interés en la comida. Habían bebido muy poco, pero una leve embriaguez teñía sus rostros y les mantenía eufóricos, algo así como en una torpeza primaveral.

—¿Pedimos el postre?

—De acuerdo.

Kaname se dio la vuelta alegremente para hacer sonar el timbre.

—Supongo que en realidad —empezó de nuevo Takanatsu— todas las mujeres de hoy tienen algo de cortesanas. Misako misma no es precisamente un tipo maternal puro.

—Oh, sí lo es, fundamentalmente. Lo que ocurre es que hay una cierta pátina de lo otro que la recubre.

—Es posible que tengas razón. Pero esa pátina es importante. ¿Qué mujer de hoy no intenta parecerse lo más posible a una artista de cine americana? Y eso les hace adoptar ese aire de cortesana. En Shanghái también ocurre.

—No puedo decir que no haya sido mía la culpa; no puedo decir que no haya impulsado a Misako a seguir esa dirección.

—Porque eres un feminista y los feministas prefieren las cortesanas a las madres.

—Eso no es exacto. El caso es, ¿cómo lo diría?, que la he empujado en ese sentido porque creí que me sería más fácil separarme de una mujer del tipo cortesana. Pero no ha sido así. Si realmente hubiese cambiado por completo, mi intento hubiese dado resultado; pero no tiene de cortesana más que una pátina muy débil y en el momento crucial su verdadera manera de ser reaparece y dificulta aún más las cosas.

—¿Y qué piensa ella?

—Dice que es una degenerada; desde luego no es aquella mujer decente y sin tacha de otro tiempo. Eso es verdad, pero hay que tener en cuenta que yo tengo por lo menos la mitad de la culpa.

Un nuevo pensamiento pasó por la mente de Kaname, que pareció comprender hasta dónde abarcaba su propia perversidad. Desde que se casó con Misako una pregunta le había obsesionado: ¿cómo dejarla? «Debo separarme. Debo separarme». Parecía como si se hubiese casado con ella sólo con este propósito. Sin embargo, se había dicho a sí mismo que aunque no la amase podría tratarla por lo menos con respeto y cortesía, ¿pero no encerraba esta determinación la mayor de las ofensas para una mujer? ¿Qué mujer,

maternal o cortesana, abierta o reservada, hubiera soportado la amargura de ser la esposa de tal hombre?

—No me preocuparía tanto el asunto si ella fuese una cortesana —añadió finalmente Kaname.

—Pues yo no estoy tan seguro de ello. ¿Crees que podrías aguantar lo que Yoshiko me hizo?

—Es distinto. Perdona lo que voy a decir: yo nunca me hubiese casado con una profesional, nunca me ha atraído la geisha. Lo que hay en mi imaginación es una mujer moderna, inteligente, evolucionada, que tenga un poco de cortesana.

—¿Te gustaría que después de casada representase por ahí el papel de cortesana?

—He dicho que tendría que ser inteligente y por tanto sabría controlarse.

—Tienes ideas muy personales. Exiges mucho. Me pregunto dónde vas a encontrar esa mujer ideal. Tendrías que haberte quedado soltero, todos los feministas deberíais ser solteros. Nunca encontraréis la mujer que responde a todas vuestras exigencias.

—Una prueba ha sido suficiente, no volveré a casarme, o por lo menos tardaré. Tal vez en el resto de mi vida...

—Te volverás a casar y te fallará otra vez. Los feministas lo hacéis así.

Entró la camarera con el postre e interrumpió la conversación.

VI

Eran casi las diez y Misako continuaba en la casa, sosegada, escuchando los ruidos que le llegaban del jardín. Parecía que Hiroshi estaba jugando con el nuevo perro: —¡Lindy! ¡Lindy!, ¡Peonía! ¡Peonía! —gritaba una y otra vez. Peonía era una perrita de pastor irlandés que habían comprado hacía un año en una perrería de Kôbe y que debía este distinguido nombre al hecho de que las peonías estaban en flor cuando llegó a la casa.

—No, así no. —Era la voz de Takanatsu—. Así no conseguirás que se hagan amigos más pronto. Déjalos solos y vas a ver como se hacen amigos.

—Pensaba que macho y hembra no se peleaban nunca. —Era la voz de Hiroshi.

—Acaba de llegar, llegó ayer. Dale tiempo.

—Si pelean, ¿cuál crees que va a ganar?

—Puede ganar cualquier de los dos. Precisamente lo malo es que sean de tamaño igual. Si uno fuese más pequeño, el otro le protegería y pronto serían amigos.

Uno de los perros ladraba, el otro le contestaba. Misako no había visto todavía al nuevo ejemplar. El día anterior había llegado tarde y había hablado una media hora con Takanatsu, medio dormido y cansado del viaje. Aquel ronco ladrido pertenecía probablemente a la perrita de pastor, decidió. A Misako no le gustaban los perros tanto como a Kaname y a Hiroshi, pero aun así, se había aficionado a Peonía, que iba siempre con Jiiya a esperarla a la estación cuando llegaba tarde por la noche. Apenas Misako aparecía, el

perro hacía tintinear la cadena y saltaba a su alrededor, mientras Misako se sacudía el polvo del kimono y reprendía a Jiiya. Poco a poco, la antipatía que en un principio sintió por aquel animal había ido desapareciendo y ahora le acariciaba o le daba amablemente de comer. Cuando la noche anterior, como de costumbre, se le echó encima en la estación, ella le dijo mientras lo acariciaba: —Hoy te han traído un amigo, ¿verdad? —Peonía era la primera en darle la bienvenida como si se hubiese convertido en una especie de emisario del marido.

Los postigos permanecían cerrados para que Misako pudiese dormir hasta más tarde. Por la luz que se filtraba a través de ellos adivinaba que el día era brillante y caluroso, esa clase de día que nos hace pensar en los capullos de las flores de melocotón y en la fiesta de muñecas. Misako se preguntó si también aquel año tendría que sacar todas aquellas muñecas. Poco después de nacer ella, su padre, siempre tan apasionado con las muñecas, encargó para ella una colección de muñecas antiguas de Kioto, y Misako se las había llevado con su ajuar, al casarse. No teniendo hijas, hubiese preferido no sacar las muñecas de sus cajas, pero como su padre vivía tan cerca, cada año, cuando llegaba abril, iba a la ciudad para gozar viendo la tradicional fiesta. Así lo había hecho el año pasado y los anteriores y lo más probable era que ese año pensara hacerlo también. No era la perspectiva de sacar de sus cajas a todas las muñecas, ni de quitarles el polvo, lo que la preocupaba. Era más bien que temía hallarse en otro aprieto como el reciente del teatro de marionetas. ¿No podría encontrar alguna excusa para evitar celebrar la fiesta este año? ¿Y si se pusiera de acuerdo con Kaname? ¿Y qué les ocurriría a las muñecas si ella se marchaba de casa? ¿No sería fastidioso para Kaname dejárselas allí?...

Se abandonaba así a su imaginación, vagando por el incierto futuro, porque pudiera ser que ella ya no estuviese en la casa el día de la fiesta de las muñecas. Incluso desde la cama podía sentir la magnificencia de aquella mañana primaveral que la llenaba de vida

y felicidad. Distendida, echada boca arriba, con la cabeza recostada en la almohada, permaneció un momento con los ojos fijos en los rayos de sol que se proyectaban en la penumbra de la estancia. Por primera vez en muchas semanas había dormido bastante. Le gustaba acurrucarse o estirarse entre las sábanas, sin sueño ya, pero incapaz de renunciar al calorcillo del lecho. Junto a la suya estaba la cama de Hiroshi vacía y un poco más allá la de Kaname, junto al *tokonoma*^[14] donde lucía un jarrón color esmeralda, encima de la cabecera de la cama de Kaname, con un par de ramas de camelias.

Sabía que tenían a un huésped, a Takanatsu, y hubiese debido levantarse temprano, pero tenía tan pocas veces ocasión de permitirse el lujo de dormir hasta media mañana, que aquel día no pudo resistir la tentación de hacerlo. Hiroshi había dormido siempre entre Kaname y ella y generalmente Misako dejaba a Kaname durmiendo cuando ella se levantaba temprano para mandar al chico a la escuela. Los domingos por la mañana no había colegio y Misako se hubiese quedado muy a gusto un ratito más en la cama, pero ese día Hiroshi se levantaba también a las siete y ella se consideraba obligada a levantarse con él. Desde hacía un par de años, por otra parte, había descubierto que tenía tendencia a engordar y sabía que no le convenía dormir demasiado; pero a pesar de todo, quedarse un ratito más en la cama era para ella un placer incomparable. En cierto momento, preocupada porque dormía demasiado poco, había intentado echar una siestecilla después de comer, pero eso le daba pesadez de cabeza y además de día no lograba pegar ojo. Una vez a la semana su marido iba a Osaka para hacer acto de presencia en la oficina, y algunas veces, no más de dos o tres al mes, y aun quizás menos, se consideraba obligado a decirle adiós a Hiroshi cuando éste salía para la escuela; pero, en general, era raro que Misako pudiera quedarse en su cuarto como dueña absoluta.

El alboroto que venía de afuera, el ladrido de perros y la voz de Hiroshi tenían un sello típicamente primaveral, que Misako, en su imaginación, asociaba a aquel cielo terso y azul de los últimos días. Hoy no tendría más remedio que hablar con Takanatsu, pero no le daba al hecho mayor importancia de la que antes había dado al asunto de las muñecas. Si tenía que preocuparse por todo lo desagradable, su infelicidad no tendría fin. Deseaba estar de humor tan radiante como el día, deseaba estar en situación de afrontar cualquier problema con la misma calma con que se dispondría a preparar la tiesta de las muñecas. Cedió por fin a la curiosidad infantil que sentía por conocer al perro Lindy y se levantó de la cama.

—Buenos días —exclamó casi gritando para poder competir con las voces que daba Hiroshi.

—Buenos días —contestó Takanatsu.

Hiroshi seguía demasiado ocupado con sus perros.

—¿Hasta cuándo piensas estar en la cama?

—¿Qué hora es?

—Las doce y media.

—Me engañas. No serán más de las diez.

—¿Cómo puedes quedarte en la cama con una mañana tan maravillosa?

—También es una bonita mañana para dormir —dijo Misako riendo.

—Pero lo más grave, señora, es que usted no se ocupa del «honorable huésped» —respondió Takanatsu.

—Oh, no es ningún honorable huésped. No tengo por qué preocuparme por él puesto que es de confianza.

—Bueno, te perdono. Cepíllate los dientes y ven. También a ti te he traído algo.

Una rama de ciruelo en flor ocultaba parte de la cara de Takanatsu a los ojos de Misako.

—¿Ése es el nuevo perro?

—Sí. Ahora están muy de moda en Shanghái.

—¿No es estupendo, mamá? —dijo Hiroshi por primera vez—. Dice tío Hideo que tú deberías salir a pasear con un perro así.

—Y ¿por qué?

—Porque las mujeres occidentales llevan un lebel como adorno que pone de relieve su belleza —Takanatsu contestó—. Si sales a pasear con él estarás más hermosa que nunca.

—¿Incluso yo pareceré hermosa?

—Te lo garantizo.

—Pero es tan delgado... A su lado voy a parecer aún más gorda.

—Entonces será el perro el que pensará: «Esta señora me hace parecer más esbelto aún».

—¡Qué galante!

Ambos se echaron a reír e Hiroshi se unió a su risa sin acabar de comprender, probablemente, el motivo.

Había en el jardín cuatro o cinco grandes ciruelos que habían quedado de lo que había sido una granja, antes de que aquella zona hubiese dejado de ser campo abierto. Los primeros capullos brotaban a primeros de febrero y estaban en flor hasta fines de marzo, rama tras rama. Incluso ahora que habían caído ya la mayoría de pétalos, se veían aquí y allá puntos blancos que brillaban al sol. Peonía y Lindy seguían atados cada uno a un tronco, bastante apartados el uno del otro para que no pudieran alcanzarse. Cansados al parecer de ladrar, se habían echado como dos esfinges y se miraban impávidos. A través de las ramas de ciruelo, Misako no podía ver con toda claridad, pero le pareció que Kaname estaba sentado en una poltrona, allá en la veranda del ala de estilo occidental. Tenía una taza de té en la mano y hojeaba un grueso volumen. Takanatsu, con un manto echado sobre su kimono de noche que dejaba ver la ropa interior, estaba sentado en un extremo del jardín.

—Deja ahí los perros. Ahora bajo a verlos.

Después de darse un rápido baño, salió a la veranda.

—¿Habéis desayunado ya?

—Naturalmente. Luego de esperar y esperar, en vista de que no dabas señales de vida, desayunamos. —Kaname tomó un sorbo de té de la taza que tenía en la mano derecha y volvió a centrar su atención en el libro.

—¿Tomaría un baño, la señora? —dijo Takanatsu—. La dueña de la casa no se ocupa de sus huéspedes, pero las criadas son una maravilla. Madrugan y preparan el baño calentito. Si no le importa bañarse inmediatamente después que yo, ¿por qué no toma un baño?

—Lo he tomado ya, aunque sin saber que era después de ti, claro.

—Habrá sido un baño muy rápido.

—¿Puedo estar tranquila, Takanatsu?

—¿Por qué lo dices?

—Por haberme bañado después de ti. ¿No cogeré ninguna de esas horribles enfermedades chinas?

—Estás de broma. Mejor harías en preocuparte de no bañarte después de Kaname.

—Yo estoy tranquilamente aquí, en la patria —dijo Kaname mirando por encima del libro—. Son los extranjeros como tú los tipos de cuidado.

—Madre —gritó Hiroshi desde el jardín—, ¿vienes a verlo?

—Sí, sí, ya voy. Pero esta mañana tú y tus perros habéis despertado a mamá. Y tío Hideo también. Habéis estado gritando a pleno pulmón desde casi el amanecer.

—Yo soy un hombre de acción, ¿sabes? A primera vista quizás no lo parezco. Pero en Shanghái me levantaba a las cinco e iba a dar una galopadita desde la calle Szechuan hasta Kiywan.

—¿Todavía montas a caballo? —preguntó Kaname.

—Pues claro. Lo mismo si hace buen día que si no, no me sentiría bien sin dar antes mi paseo a caballo.

—¿No sería mejor que trajeses el perro aquí? —dijo Kaname reacio a dejar la soleada veranda, cuando se fueron al jardín.

—Hiroshi, hijo —le gritó Misako—, dice tu padre que traigas el perro acá.

Hiroshi parecía encontrarse en un aprieto.

—¡Lindy!

Las ramas del lejano ciruelo empezaron a crujir y el ronco ladrido de Peonía se dejó oír otra vez.

—¡Quieta! ¿Puede alguien coger a Peonía? Se ha puesto muy nerviosa.

—Bueno, Peonía, bueno.

Takanatsu se dirigió hacia la perrita y Misako corrió hacia la veranda huyendo del perro que quería lamerle la cara.

—Eres demasiado cariñosa, Peonía. Verdaderamente, Hiroshi, hubiese sido mejor que la hubieses dejado en donde estaba.

—Pero armaba un alboroto tremendo.

—Los perros son animales muy celosos. —Takanatsu, agachado al pie de la escalera, acariciaba el cuello de Lindy con la palma de la mano.

—¿Le has encontrado una garrapata? —preguntó Kaname.

—He hecho un descubrimiento.

—¿Un descubrimiento?

—Ven y verás. Es algo muy extraño.

—Dinos qué es lo extraño.

—Al acariciarle la garganta se tiene la misma sensación que si se acariciase a un ser humano. —Takanatsu acarició su propio cuello y luego volvió a acariciar el del animal—. Ven a ver, Misako. No te engaño.

—Déjame probar —dijo Hiroshi adelantándose a su madre—. Tienes razón tío, es verdad. Déjame tocar tu cuello, mamá.

—Oh, por favor —protestó Misako—. ¿Te parece bonito comparar el cuello de tu madre con el de un perro?

—¿Qué quieres decir con eso de si le parece bonito? Hiroshi, estoy seguro de que el cuello de tu madre no puede competir con el de este perro. Si estuviese segura de tener la piel tan suave como la del perro, seguro que no se dignaría hablar con nosotros.

—Supongo que querrá usted comprobarlo acariciando mi cuello, caballero.

—Enseguida. Primero ven y toca la garganta del perro. ¿Ves? ¿Qué te decía? ¿No es sorprendente?

—Hummm. Sorprendente, es verdad. ¿No quieres probar tú ahora? —le gritó Misako a su marido.

—¿Dónde? ¿Dónde? —Kaname bajó de la veranda—. Tenéis razón, es sorprendente. Produce una impresión muy rara, ¿verdad?

—¿Os dais cuenta de mi descubrimiento?

—El pelo es tan corto y sedoso que no parece pelo —opinó Kaname.

—Y el cuello es proporcionado, además. ¿Quién tendrá el cuello mayor, él o yo? —Misako midió el cuello del perro con sus manos y después se midió el suyo—. El del perro es mayor; claro que, como es tan largo y delgado, parece más pequeño.

—Exactamente la misma medida que yo —dijo Takanatsu.

—Treinta y siete —añadió Kaname.

—Así, cuando tenga nostalgia de ti, podré acariciar el cuello del perro.

—Tío Hideo, tío Hideo —gritó Hiroshi al oído de Lindy.

—¿Qué te parecería si le cambiásemos el nombre de Lindy por el de Hideo? —sugirió Kaname riendo.

—Verdaderamente, Hideo —dijo Misako—, estoy segura de que en algún sitio ese perro sería aún mejor recibido que aquí.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo entiendes? Pues me parece que está claro. Posiblemente haya alguien que se pasaría el día acariciando el cuello de este perro pensando en ti.

—¿No estará aquí por equivocación? —sugirió Kaname.

—Sois imposibles. Y lo decís así, tranquilamente delante del chico. No me extraña que sea tan descarado.

—A propósito, ahora me acuerdo —interrumpió Hiroshi— de que ayer cuando traía a Lindy desde Kôbe, oí algo muy bueno.

—¿Ah, sí? ¿Y qué fue lo que oíste?

—Íbamos Jiiya y yo por el malecón y un borracho (creo que estaba bebido) nos seguía sin dejar de mirar a Lindy. Decía que nuestro perro era muy raro y que era exacto que un congrio.

Todos rieron la ocurrencia.

—No es una tontería, no —dijo Takanatsu—. El perro se parece un poco a un congrio.

—Lindy-congrio.

—Podríamos ponerle Congrio —dijo Kaname como hablando consigo—. Y así, gracias al congrio, evitamos darle al perro el nombre de tío Hideo.

—Los dos tienen el mismo hocico alargado, ¿no os dais cuenta? Peonía y Lindy —dijo Misako.

—Los perros de pastor irlandés y los lebreles tienen la misma forma de cabeza y de cuerpo —contestó Takanatsu—. Sólo que uno tiene el pelo largo y el otro corto; lo digo para conocimiento de los que no entienden tanto de perros como yo.

—¿Y los cuellos?

—Dejémonos de cuellos. No parece que haya sido un descubrimiento muy feliz.

—Vistos así, uno al lado del otro, al pie de la escalera, me recuerdan a las estatuas de piedra de los almacenes Mitsukoshi, ¿no os parece?

—¿Mitsukoshi? ¿Hay dos perros en el Mitsukoshi, mamá?

—Me sorprendes. Has nacido en Tokio y no sabes nada de los leones del Mitsukoshi. Así, no es de extrañar que tu acento de Osaka parezca tan puro.

—Si sólo tenía seis años cuando salí de Tokio.

—Me cuesta creerlo, casi. El tiempo vuela. ¿Y no has estado allí desde entonces?

—Siempre quiero ir, pero mi padre va solo y me deja aquí con mamá.

—¿Y por qué no te vienes conmigo? Ahora tienes vacaciones... Te enseñaré el Mitsukoshi.

—¿Cuándo?

—Mañana o pasado.

—No sé si podré.

Pareció que una sombra cruzaba el rostro de Hiroshi hasta entonces tan vivaracho.

—¿Por qué no puedes ir con él, Hiroshi? —preguntó Kaname.

—Supongo que me gustaría mucho, pero tengo que hacer mis deberes.

—¿Y no te he dicho yo que los hicieras cuanto antes? —le recordó Misako—. Trabaja hoy todo el día y los terminarás; luego podrás pedir a tu tío que te lleve con él a Tokio. ¿No es una buena idea?

—No nos preocupemos por los deberes; los puede hacer conmigo en el tren —ofreció Takanatsu.

—¿Cuánto tiempo has de estar en Tokio?

—No te preocupes, te traeré antes de que empiece la escuela.

—¿Dónde piensas alojarte?

—En el Hotel Imperial.

—Pero ¿no tienes montones de cosas que hacer, tío?

—Y el chico poniendo objeciones cuando su tío quiere llevarle a Tokio. Llévatelo, Hideo, aunque te estorbe un poco. Voy a estar tan tranquila unos días sin él...

Mientras hablaba su madre, Hiroshi la miró al fondo de los ojos; no había dejado de sonreír, pero había palidecido un poco. La idea de llevarle consigo se le había ocurrido a Takanatsu de repente, pero Hiroshi no lo creía así: lo habían planeado con anterioridad. Si sólo querían complacerle, él no veía ningún inconveniente en ir a

Tokio. Pero se temía que Takanatsu pudiera decirle en el viaje de vuelta: «Hiroshi, cuando llegues, tu madre no estará ya en casa. Tu padre me ha pedido que te lo diga». ¿No era lo más probable que tuviese que oír algo así? El chiquillo experimentaba el tormento de la incertidumbre, tratando de adivinar lo que pasaba por la mente de los adultos, asustado y consciente al mismo tiempo de que sus temores fuesen quizás pueriles.

—¿Tienes que ir a Tokio? ¿Tienes algún asunto?

—¿Por qué?

—Si no tienes nada que hacer, me gustaría más que te quedaras aquí, y seguro que a papá y a mamá también.

—¿No les basta Lindy? Pueden acariciarle el cuello todos los días.

—Pero Lindy no puede decirles lo que tú les dices. ¿Podrías, Lindy? No puedes sustituir a tío Hideo, ¿verdad? —Hiroshi se agachó junto al perro, le acarició el cuello y frotó su mejilla contra la cabeza del animal para disimular su turbación. Algo en su voz y en sus modales hacía sospechar que estaba llorando.

Cuando estaba con ellos Takanatsu, todos se sentían dispuestos a bromear, cualesquiera que fuesen las contrariedades a que tuviesen que hacer frente; y fuese por deferencia al huésped o por ser él el único que conocía exactamente la situación, ni Kaname ni Misako se veían obligados a fingir. Misako se preguntó cuánto tiempo haría que no veía reír a su marido tan a gusto. Aquella calma, aquella paz, allí en la soleada veranda, sentados ella y su marido uno al lado de otro, viendo jugar al niño con los perros abajo en el jardín, la satisfacción de tener a un huésped venido de tan lejos, el marido que habla, Misako que responde, sin las habituales reticencias y dándose cuenta de improviso de cuánto había todavía de marido y mujer entre ellos cuando no tenían por qué obrar como marido y mujer, todo aquello no podía durar, pero era maravilloso poder respirar libremente siquiera por unos instantes.

—¿Cómo va la literatura? Pareces como transportado.

—Es muy interesante, muchísimo.

Kaname cogió de nuevo el libro que por un momento había dejado sobre la mesa, alzándolo a la altura del rostro para poder ver sólo él aquella página; pero los demás pudieron ver que se trataba de una ilustración grande que exhibía un harén lleno de odaliscas desnudas.

—No sé cuántos viajes hube de hacer a Kelly and Walsh para conseguirlo. Por fin me enteré que lo habían recibido de Inglaterra y fui corriendo a buscarlo. Pero los muy ladinos vieron lo mucho que me interesaba y me pidieron por él doscientos dólares, ni uno menos. Aseguraban que era el único ejemplar disponible que habían encontrado en Londres. Como yo no sabía exactamente el valor de la obra, no pude discutir a fondo y lo único que conseguí fue el descuento de un diez por ciento, pagando al contado.

—¿Tan caro es? —preguntó Misako.

—No sólo hay un volumen, sino diecisiete —explicó Kaname.

—Y esos diecisiete tomos han sido otro problema. Como la obra está clasificada como obscena y está llena de ilustraciones imposibles, valiente escándalo se habría armado en la aduana si lo hubiesen descubierto; de modo que tuve que llevarla en el fondo de un baúl y todo fue bien, excepto que el baúl pesaba una enormidad. No sabes lo que he pasado por esos libros; te aseguro que merezco una buena comisión.

—¿*Las mil y una noches* que leen las personas mayores son distintas de las mías? —Hiroshi no acababa de entender de qué estaba hablando Takanatsu, pero le picaba la curiosidad e intentaba echar un vistazo a la ilustración cubierta por la mano de su padre.

—En algunas cosas es distinto y en otras no. *Las mil y una noches* es un libro para personas mayores, pero hay algunos cuentos muy apropiados para ti y son los que están en *Las mil y una noches* que tú tienes.

—¿Está el cuento de Alí Babá?

—Sí, claro.

—¿Y el de la lámpara de Aladino?

—También.

—¿Y «Sésamo ábrete»?

—Sí, sí. Están todos los que tú sabes.

—¿Es muy difícil leer en inglés? ¿Cuántos días tardarás en leerlo, papá?

—No tengo intención de leerlo todo de corrido. Leo sólo lo que me parece interesante.

—¡Cómo te admiro! —intervino Takanatsu—. Yo he olvidado todo el inglés que sabía; aparte los negocios, nunca tengo ocasión de practicarlo.

—Pero con un libro así es distinto. Uno tiene ganas de leerlo aunque sea con el diccionario en la mano.

—Eso es para desocupados. Los pobres como yo no podemos permitirnos esos lujos.

—Qué raro —objetó Misako—; no sé quién me había dicho que te habías convertido en un *nouveau riche*.

—Sí, gané algún dinero y tuve justo el tiempo de perderlo.

—¡Qué pena! ¿Y cómo lo perdiste?

—Traficando en dólares.

—Hablando de dólares, deja que te pague antes de que me olvide. ¿Cuánto son ciento ochenta dólares? —preguntó Kaname.

—Pero si no tienes que pagarlo. ¿Acaso no es un regalo?

—¡Un regalo! —Takanatsu parecía ofendido—. Esa mujer no sabe lo que dice. ¿Se acostumbran a hacer regalos de esa categoría? Si lo he traído, es porque se me encargó.

—¿Y por cierto, qué hay de mi regalo?

—Oh, me había olvidado por completo. Vamos adentro y te lo enseñaré. Puedes escoger el que prefieras.

Y Misako y Takanatsu subieron a la habitación de este último, en el segundo piso del ala occidental.